

# Theodor Kallifatides

## Otra vida por vivir

Traducción del griego moderno  
de Selma Ancira



Galaxia Gutenberg

# **OTRA VIDA POR VIVIR**

**THEODOR KALLIFATIDES**



THEODOR KALLIFATIDES

# Otra vida por vivir

Traducción del griego moderno  
de Selma Ancira

Galaxia Gutenberg



© Florence Montmare

## **THEODOR KALLIFATIDES**

Ha publicado más de cuarenta libros de ficción, ensayo y poesía traducidos a varios idiomas. Nació en Grecia en 1938, e inmigró a Suecia el 1964, donde empezó su carrera literaria. Ha traducido del sueco al griego a grandes autores como Ingmar Bergman y August Strindberg, así como del griego al sueco a Giannis Ritsos o Mikis Theodorakis. Ha recibido muchos premios por su trabajo tanto en Grecia como en Suecia, país en el que reside actualmente.

Título de la edición original: *Μια ζωή ακόμα*  
Traducción del griego moderno: Selma Ancira Berny

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.<sup>a</sup>  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: mayo de 2019

© Theodor Kallifatides, 2018  
© de la traducción: Selma Ancira, 2019  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019  
Imagen de portada: Estudio del autor en Fårösund, isla de Gotland.  
Fotografía de Selma Ancira

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-17747-60-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

«Nadie debería escribir después de los setenta y cinco años», había dicho un amigo. A los setenta y siete, bloqueado como escritor, Theodor Kallifatides toma la difícil decisión de vender el estudio de Estocolmo, donde trabajó diligentemente durante décadas, y retirarse. Incapaz de escribir y, sin embargo, incapaz de no escribir, viaja a su Grecia natal con la esperanza de redescubrir la fluidez perdida del lenguaje.

En este bellissimo texto, Kallifatides explora la relación entre una vida con sentido y un trabajo con sentido, y cómo reconciliarse con el envejecimiento. Pero también se ocupa de las tendencias preocupantes en la Europa contemporánea, desde la intolerancia religiosa y los prejuicios contra los inmigrantes hasta la crisis de la vivienda y su tristeza por el maltratado estado de su amada Grecia.

Kallifatides ofrece una meditación profunda, sensible y cautivadora sobre la escritura y el lugar de cada uno de nosotros en un mundo cambiante.

«En su elegía, [...] Kallifatides ofrece a su lector una política personal de lo humano».

Siri Hustvedt

«Maravilloso... Un libro delicado, finamente filosófico, breve pero con profundas ideas.»

*Arbetarbladet*

## I

El año pasado, en invierno, unos cuantos días antes de Navidad, me invitaron a un acto literario panescandinavo en Helsingborg, la segunda ciudad más grande del sur de Suecia, con unos cien mil habitantes más o menos.

Estaba muy emocionado. Yo representaba a Suecia y, sentados a mi lado, había buenos y conocidos escritores, dotados además con otras virtudes. La danesa era elegantísima, la noruega muy bella y muy joven, el finlandés-sueco tenía su gracia. Yo era el más viejo de todos, algo que desde hace varios años me ocurre a menudo y que considero un privilegio. La mayor parte de la gente me deja en paz, sólo algunos entusiastas se me acercan para que les firme libros escritos hace veinte o treinta años.

«Vamos envejeciendo juntos», les digo. Hubo una época en que no sólo era el más joven, sino que además era extranjero y mi apellido generaba problemas.

Me habían llamado Thodorís Theodorakis, Theódoros Kallifatides, Theódoros Kalinijta, Thodorís Kallifatiroides, y de otras formas también. En la escuela mi hijo era conocido como Mark Al Kalif. Mi hija no tuvo problemas quizá porque pronunciaba su apellido con un aplomo absoluto, mientras mi hijo y yo dudábamos, sabíamos que se generaría confusión. No queríamos ver ojos azorados y labios fruncidos cuando decíamos nuestro nombre. Aun hoy, cuando soy presentado con alguien, siempre hago alguna broma sobre mi apellido, por ejemplo, que el último emperador de Trebisonda tenía el mismo apellido, o que significa «el que habla bien» —eso lo utilizo sobre todo después de una conferencia— o, cuando hablo con los vecinos, les comento que viene del verbo calafatear, es decir que significa «aquel que ponía brea en barcas y navíos» porque sé que ellos aprecian el trabajo manual.

El acto se celebraba en el Teatro Municipal de la ciudad, ahí donde antaño se inició la carrera de Ingmar Bergman, y en todos lados había fotografías de sus primeros espectáculos, ahora ya míticos. También había fotografías de él mismo y la verdad es que incluso estas transmitían su pasión, la llama que habitaba en él y su omnipotencia. Sólo él y Károlos Koun me han dado esa impresión de absoluto dominio del espacio. Donde ponían los pies ya no había lugar para nadie más.

De Bergman recibí muchas lecciones. En 1980 hice mi primer y único largometraje basado en mi libro *El amor*. Fue una osadía, pero tenía cuarenta y dos años y sentía que no había obstáculo que yo no pudiera vencer. La compañía de Bergman era la productora y él asistía al rodaje todas las noches.

Al principio estaba entusiasmado; por ahí de la mitad, un poco menos, y al final, decepcionado. No obstante, pensaba que la película aún podía salvarse. Decidió ayudarme a hacer el montaje. Necesité varios días para familiarizarme con su método de trabajo. No soportaba que lo importunaran. Si alguna vez lanzaba yo un suspiro porque me había olvidado de respirar, me decía: «¿Qué haces suspirando todo el tiempo como un fuelle?». Decidí dejarme la perilla y me espetó: «¿Acaso crees que con esa barbita no te van a reconocer por la calle?».

Cada mañana nos sentábamos el uno al lado del otro y Bergman, desde el primer momento, se concentraba como un torero a punto de enfrentarse con el toro más peligroso de su vida. Lo detectaba todo. Las fallas en la iluminación y en la escenografía y, principalmente, que los actores no fueran veraces, que actuaran representando un papel que no era el suyo. ¡Y el responsable era yo!

«He cometido todos los errores que se pueden cometer», me lamenté. «No te aflijas —me consoló—, no todos.»

Cada día aprendía yo algo. Cómo se trama una escena y cómo se termina, cómo debe uno relacionarse con los actores y con los demás colaboradores.

Pero ya era tarde. La película no se salvó. La crítica fue contundente, hundió la película. Estuvo unos cuantos días en cartelera y luego desapareció.

Hasta ese momento la suerte me había sonreído. Cada uno de mis libros había sido un acontecimiento. Vendía miles de ejemplares. Veía a gente leyendo mis novelas en el autobús, en el tren, en los aeropuertos. Muchos

lectores me escribían cartas conmovedoras. Las azafatas me pedían autógrafos.

Y de pronto, un bofetón. Fuerte, como aquellos que daba mi abuelo. No me hundí, pero sí caí en una especie de apatía. Un día me topé en la calle con la protagonista de mi película y no la reconocí. Las malas críticas me habían afectado tanto que comencé a tener episodios de amnesia.

Ese año decidí no celebrar la Navidad con mi familia, sino solo, en la casa de campo que tenemos en la isla de Gotland. Quería avenirme con mi fracaso y amistarme con la tristeza de saber que no utilizaría jamás cuanto había aprendido. Pero en eso me equivocaba. Sin que yo me diera cuenta, tanto la experiencia del rodaje como la del montaje de la película acabarían permeando en los libros aún por escribir.

Hice varios intentos poco entusiastas de empezar alguna cosa, pero el resultado era siempre infructuoso. Nevaba constantemente y me era casi imposible salir de casa. Hasta que una tarde me desesperé.

Sabía que con frecuencia Bergman pasaba la Navidad en su casa de campo en la isla vecina. Cuando comenzamos a trabajar juntos hablábamos casi a diario. El primer consejo que me dio fue que pidiera a los actores que no se expusieran al sol durante el verano porque saldrían rojos como cangrejos en el rodaje. En una ocasión me invitó a su cine particular para que viéramos juntos la película *Kaspar Hauser* de Herzog, por la que él sentía especial predilección. A mí me gustó, pero no especialmente, siempre me ha causado extrañeza el expresionismo alemán. Cometí el error de decírselo. Le molestó sobremanera.

Después del fracaso de la película, se interrumpió todo contacto. Fue una dura lección. Como artista eres lo que eres mientras eres. Luego no eres nada. Ni los perros te ladran cuando pasas. No lo había entendido. Pensaba que la amistad tendría algún valor.

Y así, aquella tarde lo llamé por teléfono.

Él también estaba solo. Su mujer le había cocinado para varios días, y se había ido para estar con sus hijos en Estocolmo. Eso me lo dijo de buen humor, como antes. Y entonces cometí otro error. Le pregunté si le apetecería que habláramos de un libro que me estaba dando vueltas en la cabeza.

No le apetecía.

Esa fue nuestra última conversación.

Espero que el lector no saque la conclusión de que me enfadé o de que sufrí una decepción. Al contrario. Simplemente me pregunté por qué yo no soy así. Por qué evito, en la medida de mis posibilidades, causarle una aflicción a alguien o negarle un gusto.

En ese momento sentí respeto y aún hoy siento respeto por su actitud. No quería interrupciones en su trabajo. Punto y se acabó.

Pero recibí también otra lección. Como artista tienes el deber, tú más que cualquier otra persona, de dar hoy lo que diste ayer. Cualquier intento de renovación es considerado una provocación, casi una insolencia.

Se acabó lo que se daba, decía mi madre. Platón no lo decía así, pero quería decir lo mismo. La permeabilidad de la sociedad actual admite, de alguna manera, que un pobre se vuelva rico o un labrador matemático. Pero Maria Callas no puede volverse Vicky Mosjólú,<sup>1</sup> ni viceversa.

Tras el fracaso de la película, pasé esas Navidades completamente solo en nuestra casa de campo, sin más compañía que la de una zorrita pequeña que llegaba por las noches a pedir algo de comer porque la nieve lo había cubierto todo. Ella rascaba mi puerta, yo le abría y ella me miraba apacible con sus grandes ojos tristes. La llamé *Nina*, como la heroína de Chéjov. Pocos meses después, a comienzos de la primavera, vi su bella cabeza colgada como trofeo en la morada de un cazador. No aguanté, y en un instante en que nadie me veía, la besé y le dije en voz muy baja: «¿Qué te han hecho, *Nina*?».

Pero por el momento, *Nina* vivía y tenía hambre. Yo esperaba durante todo el día su visita, con la compañía única del crepitar del fuego en la estufa. Había comenzado a escribir uno de los libros que más me gustan, pero no voy a decir cuál.

Finalmente había hecho caso al consejo de mi hija, que desde muy pequeña montaba a caballo: «Papá, si el caballo te tira, lo que tienes que hacer es montarte en él de nuevo tan rápido como puedas».

El engalanado público nos recibió si no con euforia, sí con un entusiasmo cálido y moderado. El presentador tenía algo positivo que decir de cada uno de nosotros.

No estuvo mal. Los hicimos reír e hicimos que aplaudieran. La noruega y yo incluso hicimos que afloraran lágrimas a sus ojos. Eran nuestros lectores, personas que nos tenían en sus mesitas de noche, que solían llevar algún libro

nuestro en su bolso o su cartera, que nos leían en el autobús cuando iban de casa al trabajo o del trabajo a casa.

Se tiene que ser en extremo insensible para no emocionarse. Aquellas personas eran nuestros mejores amigos. Se entregaban a nuestras palabras, abrían su corazón y su mente a cualquier cosa que tuviéramos que decir, la absorbían como la tierra seca absorbe la lluvia.

La bella danesa lo entendía mejor que el resto de nosotros. Coqueteaba con ellos, cruzaba sus torneadas piernas con desenfado, tenía algo que decir a todos y a cada uno de los que le pedían una dedicatoria y, por supuesto, arrasó en ventas. Pero a mis libros tampoco les fue mal.

Y de pronto todo se acabó.

Escritores y organizadores cenamos juntos, pese a saber que la velada había terminado. Nos dieron nuestros emolumentos en mano, seis mil coronas a cada uno, libres de impuestos gracias a un párrafo sobre la colaboración panescandinava y demás. Aquello fue comentado de todas las formas posibles porque, como decía Oscar Wilde, nadie habla tanto de dinero como los escritores.

La noruega se fue con su esposo que hasta ese momento no había aparecido; lo mismo hizo la danesa. Los otros tres tenían amigos y conocidos en la ciudad y salieron con ellos.

Yo me quedé frente a la ventana de mi habitación que daba al mar, al que más que ver, oía. De pronto me acordé de que mi novela *El amor*, escrita hacía treinta años, comenzaba de una manera similar. Había empezado a imitar mis novelas.

Soplaba un viento salvaje que, para más inri, se intensificaba en el estrecho entre Suecia y Dinamarca y caía sobre el desdichado Helsingborg como un violador.

Me encontraba en el gran «si» de mi vida. La emigración. ¿Qué vida habría vivido si no me hubiese ido de Grecia? ¿Quién sería? ¿Qué sería? A menudo me lo recordaban los suecos cuando me preguntaban, por ejemplo, si mis libros habían sido traducidos al griego y, si lo habían sido, qué respuesta habían tenido y tenían.

Esas preguntas me molestaban sobremanera. Me habría gustado decir un montón de cosas que no decía porque temía ser considerado un arrogante. La emigración no me había hecho escritor. Yo no era el resultado de

determinadas circunstancias sino de la confrontación con ciertas circunstancias, como, por otro lado, lo somos todos. Estaba convencido de que también en Grecia habría escrito, tal vez con otra respuesta o quizá sin respuesta ninguna, pero habría escrito por la sencilla razón de que no tenía otra forma de existir a los ojos de los demás, ni a los míos.

Un buen amigo encontró por casualidad un relato que yo había publicado en el *Panspudastikí*, un periódico estudiantil de los sesenta. Me lo envió, comentando muy amablemente que en aquellos pinitos ya se sentía mi estilo literario.

También yo lo sentí. Lo que quiere decir que, tras haber superado grandes escollos, escribía en sueco como había escrito en griego desde el principio. Simplemente había conseguido seguir el consejo de mi padre: «No te olvides de quién eres».

Esto no es, por supuesto, del todo verdad. Nadie atraviesa un ancho río sin mojarse los pies, como decían los antiguos. Yo había recibido influjos e influencias, mis opiniones y mis convicciones habían variado, lo que a decir de Nietzsche es un derecho de todo ser humano.

No obstante, el gran «si» continuaba estando ahí. Una habría sido mi vida en Grecia y otra, distinta, era en Suecia. ¿Me arrepentía de haberme ido? No era yo el único que se hacía esa pregunta, me la hacían en cada entrevista que concedía, en cada coloquio en el que participaba, y por el modo en que me lo preguntaban sentía que a muchos —griegos y extranjeros— les habría gustado saber que estaba arrepentido, oírme confesar, por fin, que había vivido una vida equivocada.

Lamentaba haber emigrado, preferiría no haberlo hecho, pero no me arrepentía. ¿De qué me iba a arrepentir? ¿De mis estudios en Suecia? ¿De la mujer con la que me había casado? ¿De los hijos que tuvimos? ¿De mis amigos suecos?

A pesar de que el hotel tenía ventanas con triple cristal, el viento y las olas se escuchaban y llegué a la conclusión de que pasaría la noche en vela, y no porque el ruido me molestara, sino porque la tempestad me excitaba casi eróticamente. Esa sensación no era ni apremiante, ni del todo genuina. Desde que de adolescente leí *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë, relacioné el amor impetuoso pero desdichado con tormentosas condiciones meteorológicas. Lo mismo había ocurrido con muchas otras cosas en mi vida.

Hacía lo que hacía no sólo porque así lo deseaba, sino porque alguien más lo había hecho y lo había escrito. La literatura había dado forma a mi vida casi tanto como las condiciones políticas y económicas de mi época. Sólo que antes yo no me daba cuenta. Lo mismo ocurría con el gran «si» de la emigración. Me fui no sólo porque no encontraba trabajo o porque la presión política era severa, sino porque el hombre que se va, que quema las naves, es alguien muy común. Como aquel que vuelve o aquel que no olvida.

En vez de pensar en mi esposa, en mis hijos y mis nietos, me sorprendí pensando en un viejo amor, y no porque mi familia no me importara y el viejo amor sí, sino porque ese idilio armonizaba con aquel decorado: con el viento, con el mar alebrestado y la ciudad. Nos gusta presumir de que nuestros sentimientos son auténticos. Con frecuencia lo son. Pero con la misma frecuencia son una puesta en escena de un gran director: el arte que nos rodea, los libros que hemos leído, los cuentos que nos contaban cuando éramos niños. La mitología sobre el primer amor, el primer beso o el primer gol permean a nuestros sueños y a nuestras esperanzas y finalmente dan forma a nuestras reacciones.

A veces, en el momento de decir o hacer algo, me he sorprendido deseoso de tener un espejo para ver si lo que he dicho o hecho es correcto. Quizá finalmente ese «si» sea el precio más alto de la emigración. Está siempre ahí. Pero te coge desprevenido, te alcanza como una bala perdida. En cualquier momento. Puede ser cuando te inclinas a besar a tu hijo, o cuando estás tendiendo tu cama, o cuando te encuentras solo en una ciudad extraña, en París, por ejemplo, y de pronto te llega el susurro de las moreras de la plaza Gyzi en Atenas. Y sabes que quizá hayas vivido una vida equivocada. Pero nada puedes hacer. Sólo esperar el momento en que la vida que vives cobre más presencia que la vida que no viviste.

Ya habían dado las once. No lograba conciliar el sueño. Y el tiempo estaba cambiando. La temperatura caía en picado. De diez grados sobre cero descendió hasta dos bajo cero y la lluvia se convirtió primero en granizo y luego en nieve.

Encendí el televisor. Vi las últimas noticias sin sorpresa. La chica del tiempo —una de las que me gustaba por la delgadez inverosímil de su cintura, ni avispa que fuera la condenada— comentaba que el tiempo

empeoraría. Ya había automóviles bloqueados en las calles convertidas en pistas de hielo. Habían cerrado el aeropuerto.

En pocas palabras, me había quedado atrapado. Había ido a Helsingborg en coche. En el estacionamiento subterráneo del hotel no hallé lugar, de modo que aparqué en el puerto, abajo, en la plaza donde solían haber robos, pero no estaba preocupado. Con un tiempo como aquel, a quién se le iba a ocurrir robar.

Mi mujer es ave nocturna. O quizá se volvió, para tener un poco de tranquilidad, quién sabe. Cuando yo iba a la cama, ella iba al ordenador. Facebook y emails. Me acercaba para darle las buenas noches y ella me miraba distraída, como si no se acordara de mí. Si fuéramos jóvenes, ya nos habríamos separado, le decía, y ella, en vez de hacer un comentario, me enseñaba en su ordenador una foto, diciéndome que nuestra hija estaba en Edimburgo en un festival de literatura, y que se había encontrado con Ian McEwan al que adoraba. Y yo, por supuesto, sentía celos, yo también era escritor. Sin embargo, a mí también me gustaba McEwan, e incluso me jactaba de haberlo leído cuando aún nadie lo conocía, por lo tanto se lo disculpaba, pero refunfuñando. ¿No podía de vez en cuando darse una vuelta por aquí para vernos? ¿Qué tenía que estar haciendo en Edimburgo?

Mi mujer —el ave nocturna— también había visto las noticias y estaba preocupada. Me llamó por teléfono.

—¿Te he despertado?

Hablamos del tiempo. Dijimos que era muy probable que yo no pudiera volver a casa al día siguiente. La noticia no pareció inquietarla demasiado. Más bien al contrario. No había razón para que me apresurara.

—No tenemos vacas en el lago congelado —dijo, utilizando una expresión típicamente sueca.

O sea que uno sólo debe darse prisa cuando tiene una vaca en peligro de ahogarse. Que el cónyuge se pudra en un hotel de quién sabe qué villorrio por ahí perdido, eso no importa.

—Vas a vivir cien años —le dije.

—Papá ya los ha cumplido —me respondió irónica, como si yo no lo supiera.

Y sí, el padre de mi esposa tenía ciento un años. En la celebración de sus cien, conté cuatro hijos, siete nietos, siete bisnietos y uno más en camino.

«Nos vas a enterrar a todos», bromeaba con él y él reía.

Mi suegro recordaba con exactitud los años que llevaba viudo. Cuando su esposa murió, no sabía ni freír un huevo. Ahora vivía solo en su apartamento, hacía todos los quehaceres, mantenía contacto telefónico con los parientes y amigos que aún estaban vivos, se acordaba de los cumpleaños de todos y cada uno, así como del inglés, el alemán y el latín que había aprendido en la escuela. Yo sabía que él no habría querido enterrar a nadie, pero a veces la vida no toma en cuenta nuestros querer.

Mi esposa va por ese mismo camino. Ahora, a sus setenta años, vive con mayor despreocupación y disfruta de la vida diez veces más que cuando era joven.

Por desgracia yo no soy así.

Destilando hiel le dije, para tranquilizarla, que no me apresuraría a volver a casa.

En el bar había mucha gente, pese a ser pasada la medianoche. Los hoteles, para hacer frente a la crisis económica generalizada, ofrecían grandes descuentos los fines de semana. Parejas de enamorados, matrimonios con hijos pequeños o jubilados en buena posición escapaban de la rutina y volvían a coquetear. En todas las mesas había velas encendidas, manos que se rozaban, risas.

Ese tipo de situaciones, por lo general, me asustan, porque me dejan fuera. Introducirse así, sin haber sido invitado, en un grupo de gente alegre es mucho más difícil que ser aceptado en un grupo de gente triste. No es tan extraño. La tristeza necesita compañía, la alegría es más bien autosuficiente.

Ordené una cerveza y me puse a observar a los que jugaban a los dardos. Por alguna razón todos me parecían muy tontos, y lo de dar en el blanco una auténtica pesadilla. Para empezar y, sobre todo, estaban bebidos. Se balanceaban como barcas en aguas agitadas intentando, no obstante, acertar a un cuadro que apenas veían, porque el bar no es que estuviera a la media luz, estaba sumido en la penumbra. Por supuesto que eso daba ciertas libertades a los enamorados. Miré a hurtadillas a una pareja de jóvenes. La muchacha era una preciosidad. El muchacho un patán. ¿Qué le veía? Y encima llevaba barba, que en ese entonces volvía a estar de moda. Yo solía explicar a los jóvenes legos que, tradicionalmente, los hombres se dejaban crecer la barba

cuando ya deseaban mantener distancia con las mujeres. Ahora es lo contrario. Los pelos en la cara volvían a ser símbolo de hombría.

Me aburrí. Si el tiempo no hubiese sido tan malo, habría dado una vuelta. Pero el tiempo era terrible. Ordené otra cerveza y pensé en mi destino.

Estaba atravesando días difíciles. *Siempre volveré*, la más reciente de mis novelas, me había dejado exhausto. Me sentía vacío e inútil. Una tarde en la Folkoperan de Estocolmo me encontré con un colega que me caía bien aunque no lo conocía yo demasiado. No sé cómo, pero acabamos hablando de mis dificultades. «Después de los setenta y cinco nadie escribe», me dijo.

Yo ya los había cumplido. O sea que ya había entrado en la reserva. Me preguntaba si debía abandonar la escritura. Dejarla antes de que ella me dejara a mí. Había hecho varios intentos de comenzar a escribir alguna cosa utilizando ideas varias, pero todo había sido en vano. Dejaba las frases a la mitad. Me aburría.

No sabía dónde hallar la fuerza necesaria para organizar mi día en torno a un texto. Antes, cuando estaba inmerso en la escritura, con el texto me quedaba dormido y con el texto me despertaba. Me enamoraba de mis heroínas y envidiaba a mis héroes que podían acostarse a su lado. Los reprendía. Pero serás tonto, les decía cuando dudaban de una u otra cosa. Con mis heroínas era insaciable. Las veía delante de mí, a mi lado, enfrente, detrás. Sabía lo que llevaban puesto, lo que leían, qué les gustaba a los hombres y qué a las mujeres, sabía cuándo hacían el amor por primera vez y cómo se sentían —por regla general mal— y cuando ellas se acostaban con un hombre, yo también me recostaba a su lado. Lo peor era cuando empezaban los celos. Qué le dijiste y qué te dijo, a eso llamas baile, dónde estuviste, qué piensas, te llamé y no respondiste...

Por las noches mi mujer me preguntaba: «¿Dónde has estado todo el día?». «En Australia» le contestaba y ella se reía. Pero era verdad. Había estado en Australia con Elena, o en el pueblo con mi madre o en algún otro lado con alguna otra mujer todo el día. Sus amigas se extrañaban: «No escribe más que de sus amoríos», le decían. Pero ella no se inmutaba. «Conmigo las engaña a todas», les decía y aquellas reían desconcertadas.

¿Tendría la fuerza de volver a vivir días así? No estaba seguro. Tampoco sabía si podría vivir sin ellos. Además, si dejaba de escribir tendría que abandonar mi estudio en la ciudad, mi «guarida del lobo» como lo llamaba,

porque estaba en uno de los puntos más altos de Estocolmo. Aunque fuera en ese sentido yo estaba por encima del resto de mis colegas.

Lo amaba. Amaba mi estudio. Por la mañana, cuando llegaba, lo saludaba, le preguntaba cómo había pasado la noche y si tenía algo para mí ese día. Y siempre tenía algo. La escritura está, sí, dentro de nuestra cabeza, pero también alrededor de nosotros, en las paredes y en los muebles, en el olor a café, en la luz de la lámpara. En días benditos todo es escritura, y en días malditos nada lo es.

Entraba en el estudio rezongón y mísero y al cabo de diez minutos encontraba en mí al hombre que escribía.

¿Por qué era así? No lo sé. Quizá en la habitación aún viviera el aura del inquilino anterior con quien no me topé jamás, no tenía idea de qué tipo de persona era, sólo sabía que seguramente habría llevado una vida solitaria, porque en el dormitorio aún había una cama individual de hierro. Al principio la conservé para mí, pero verla me generaba angustia. Rezumaba tanta soledad que las lágrimas me nublaban los ojos y tenía miedo de acabar de la misma manera: solo, en una cama individual de hierro. Se la di a un vendedor de viejo y compré en IKEA una cama que, aunque sencilla, era muy cómoda; ni individual ni matrimonial, bautizada con el pomposo nombre de Sultán. En ella me recostaba a mediodía. Mis amigos suecos daban un paseo después del almuerzo. Yo no podía. En cuanto terminaba de comer, me entraba sueño. No podía tenerme en pie. Necesitaba recostarme y me recostaba.

Jamás olvidaré la serenidad de aquellos mediodías en que cerraba los ojos a sabiendas de que cuando los abriera, volvería a ver la cúpula de Santa Catalina por una ventana y, por la otra, el puerto de Estocolmo con sus barcos grandes y pequeños para jubilados que hacen turismo y parejas de enamorados del mundo entero.

La casita era de madera. Había sido construida a principios del siglo XVIII y desde entonces no había tenido ninguna restauración, con excepción de la fachada. La calidad de la madera era impresionante. En una ocasión un electricista hizo un agujero en la pared para pasar un cable. Estuvo luchando mucho tiempo. «Es más dura que la piedra», me dijo asombrado. Y lo más sorprendente de todo es que aún huele a madera, después de doscientos y tantos años.

Había pasado unos años tan bellos allí, que de pronto sentí que no aguantaría. Como un amante que no aguanta ver a la mujer que lo ha engañado. Existen hombres y mujeres desleales, eso lo sé, pero jamás había conocido a un estudio desleal. El problema radicaba, pues, en algún otro lado. Ya no podía escribir. Los últimos seis meses en la «guarida del lobo» fueron de pesadilla. Llegaba a la hora que debía llegar, salvaba todas las apariencias, encendía mi ordenador y después nada.

Probaba una idea tras otra. Con gran empeño escribía media página sobre la *Ilíada*, media sobre una historia de amor, media sobre un relato de detectives y así sucesivamente. Luego el texto moría de una especie de asfixia.

¿Habría llegado mi hora? A todos les llega esta hora, decía, y pensaba en Simenon, que solía escribir una novela en dos o tres semanas. Su método era sencillo. Se encerraba en su habitación, su secretario le llevaba comida y eso era todo. Simenon le quitaba la funda a su máquina de escribir y escribía.

Eso hizo aquella última vez. Se encerró con llave de siete vueltas, le quitó la funda a su máquina de escribir, pero no le llegaba ni una sola palabra. Luego de varias horas, se desesperó. Salió de la habitación y, simple y sencillamente, le dijo a su secretario: «Se acabó». Después de eso, no volvió a escribir ni una palabra, ese hombre que había escrito alrededor de cuatrocientos libros.

Pero mi problema no era sólo con la escritura, era también con la sociedad que me rodeaba.

No soportaba ver a Suecia dejar de ser un país de justicia social y solidaridad, para enredarse en los tentáculos del comercio. La educación se privatizaba, la salud y la asistencia médica también. Los maestros y los médicos se convertían en empresarios, los alumnos y los enfermos, en clientes. Esos dramáticos cambios acontecían con tanta celeridad que ni siquiera llegaban a volverse historia. No quedaban registrados en ningún lado. Yo no tenía tiempo de adaptarme. Envejecía en un mundo que me parecía cada vez más ajeno. La nueva realidad moral me ofendía personalmente. Todo se compraba y todo se vendía. Ah, no. Esa vulgaridad no me representaba.

Mi pequeño estudio, sin embargo, era la personificación de todos aquellos valores que se iban perdiendo. Había sido construido con esos valores

justamente. La madera continuaba oliendo a madera, hasta las velas olían mal. ¡Las velas! Encendía una o dos en tardes de invierno, tal como hacen la mayoría de los suecos para defenderse de la oscuridad que se enseñorea del mundo a partir de las dos de la tarde. Pero luego me veía obligado a apagarlas porque olían a cloaca. O casi. ¿Exagero? Sí, un poco. Pero poco.

El entorno en el barrio en el que tenía mi estudio iba cambiando rápidamente. Estaban excavando nuestra colina para hacer un estacionamiento subterráneo. Justo debajo de nuestros pies. Nos quejamos, protestamos; pasaron de nosotros. No sólo la compañía constructora, también el Ayuntamiento de la ciudad. Estocolmo atravesaba por la mayor crisis de vivienda de su historia y ¡ellos construían un estacionamiento!

Una consecuencia inesperada de la construcción subterránea fue que se asustaron los ratones y salieron a las calles con banderas rojas. Al mediodía, cuando iba a comer algo al local de Jimmy, griego de la diáspora él también, me seguían como en aquel cuento alemán.

Ese era el Estocolmo en el que alguna vez escupir en la calle había sido considerado una falta. Por fortuna también había cambios para mejor. Como las floristerías al aire libre. En las distintas plazas y plazuelas cada mañana ponían los floristas sus tinglados, sacaban las flores en macetas y en ramos, el espacio olía bien, cambiaba la atmósfera. Cada mañana me encontraba primero con el griego en una plaza y luego con la chilena en otra. Los dos eran mis amigos. La chilena, que se llamaba Samira, de tanto en tanto me daba una flor para mi estudio. Sólo había leído un cuento mío, pero me había visto en la televisión. Yo le daba un beso en la mejilla y ella se reía. Le hacía cosquillas, me explicaba. Había empezado sola el negocio de las flores y al cabo de unos meses ya tenía tres empleados. Uno de ellos era particularmente guapo y Samira lo tenía «de gancho», así decía.

El griego puso su negocio cuando lo corrieron de la Saab, que se estaba yendo al diablo. También él evolucionó con rapidez. Al poco de abrir tenía ya cinco empleados y se permitía actos filantrópicos. Daba de comer a vagabundos y a mendigos. Trabajaba como burro. Se levantaba a las cuatro de la mañana para ir al mercado de flores con su camionetita. Pero tenía su recompensa. Antes de irse de casa, su mujer lo hacía regresar a la cama y lo abrazaba. Si no lo hacían en ese momento, no lo habrían hecho nunca. De las cuatro de la mañana a las nueve de la noche estaba en el trabajo.

—Por la noche, después de cenar, ponemos la tele para ver las noticias. Pero yo, en los últimos años, no las he visto completas ni una sola vez. Me quedo dormido en el sillón. Por fortuna Brigitta me despierta, me hace lavar los dientes como si fuera un niño, y luego caigo redondo. ¿Quién tiene ganas de hacer el amor a esas horas?

Todos los días lo mismo y lo mismo. Compra las flores, pon el tinglado, saca los ramos al escaparate. Luego, vende, vende, vende. Por la noche, recoge las flores, cierra la tienda y al día siguiente por la mañana lo mismo.

—Te has vuelto como Sísifo —le dije.

—¿¡Qué me dices!?! ¿Hay otros pendejos como yo?

Le expliqué el mito. Le conté que Sísifo había recibido de Zeus el castigo de empujar una piedra hasta lo alto de una colina, pero en cuanto llegaba, la piedra se le escapaba y rodaba cuesta abajo, y vuelta a empezar desde el principio.

Una mañana lo vi en su puesto, pero no era el mismo de siempre. No se había rasurado, no se había puesto su ropa de trabajo, apenas si me dio los buenos días.

—¿Qué te pasa? ¿Hoy no se despertó Brigitta?

—¿Quieres un café?

Fuimos a la cafetería de la plaza. Había decidido que no le iba a pasar lo que a Sísifo. La víspera no se había quedado en el trabajo. Había dejado la tienda en manos de los empleados y se había ido a dar una vuelta. Era uno de esos pocos y espléndidos días de invierno con sol. Primero había ido al parque para ver a las mamás, pero la mayoría tenía perro además de niños, perro, perrazo o perrito, y todos ladraban al mismo tiempo.

No soportó más de diez minutos. Luego se tomó un cafecito en el café del italiano, al que daba igual lo que le dijeras, siempre te respondía «Juventus», pero hacía buen café. Para conversar, sin embargo, había que ir a otro lado. Por eso se dirigió al restaurante de los paquistaníes, pero no acababa de entrar cuando sintió el golpetazo de un olor penetrante «como a cagalera» y salió volando. Se comió una salchicha danesa con otro griego, el de la plaza contigua, que se extrañó de verlo. «¿Qué haces aquí hoy? ¿Has dejado tu negocio en manos de los negros? Te van a robar hasta la camisa.» «Que me la roben», le respondió, decidido a que no le ocurriera lo que a Sísifo, y siguió su paseo hasta el cementerio. Se sentó en un banco y se puso a contar a los

futuros muertos que pasaban. «Pero date cuenta, toda esta gente se va a morir un día», pensaba y le jorobaba. «Ni uno solo se salvará», decía, y se dio cuenta de que estaba hablando solo. Aquello ya era demasiado. Volvió corriendo a la tienda, les hizo un par de bromas a sus empleados y sintió que le volvía el alma al cuerpo.

—Oye lo que te voy a decir, amigo. Tú podrás ser filósofo y escritor, pero a Sísifo no lo has entendido bien. Zeus no lo castigó, le hizo un favor. Sin trabajo el hombre no vale nada.

No había escuchado esa interpretación. ¡Lo que llega a aprender un hombre cuando está fuera de su tierra!

No dejaría «la guarida del lobo» por nada.

Ahí dentro yo funcionaba. Todo desempeñaba algún papel. El horno de hierro con su primorosa inscripción, que aunque no lo usara lo veía. ¡Con cuánto esmero había sido fabricado! Y cuánta belleza en el trazado de su nombre: Bolinder. En una época había sido una de las fábricas más grandes y más exitosas de Suecia, y una de las más vanguardistas. Había construido casas y apartamentos para sus trabajadores. Con el tiempo, también ella entró en decadencia. Ahora el edificio de la fábrica estaba siendo remodelado para convertirse en oficinas y apartamentos de lujo en el centro de la ciudad. También la cúpula dorada de la iglesia de Santa Catalina, que se veía desde mi ventana, desempeñaba su papel. Había sido remozada recientemente gracias a una colecta tras haber sufrido un incendio. Y cada tarde brillaba como un sol en miniatura. Y las campanas. Las oía y me acordaba de San Jorge en el pueblo o de San Eleuterio en el barrio de Gyzi, en Atenas. Era como si entre mis dos países se abrieran senderos celestiales.

Pero lo que sobre todo me conmovía era mi rosal silvestre, que durante todo el otoño conservaba sus flores abrazando a un verano ya pasado.

En realidad, no importaba por qué razón el cuarto actuaba en mí, sino de qué manera actuaba. Me hacía mi café, encendía mi pipa, encendía el ordenador, y el mundo entero me cabía ahí dentro.

Así había sido mi vida durante cuarenta y pico de años en otros cuartos, en otros barrios, en otras ciudades, en trenes, en habitaciones de hotel, en países extranjeros y en mis dos países también. Trabajo, siempre trabajo, me encontrara donde me encontrase. Eso era mi vida. Y eso era mi alma. La iba escribiendo día a día.

¿Cómo podía desistir?

Una tarde, mientras daba una vuelta, llegué a la salida de una escuela primaria. Me topé con un grupo de muchachitos que acababan de terminar sus clases y estaban en la calle bloqueando el paso. Una de las chiquillas — seguramente la más atrevida— me preguntó en tono autoritario:

—¿Cómo te llamas?

No sé si esperaban divertirse a mi costa, o qué esperaban, en todo caso yo les dije mi nombre sin dudar.

—Theodor.

La líder, tras un breve silencio, hizo una graciosa reverencia y me dijo:

—Bonito nombre. ¡Pase usted!

Esa tarde tomé la decisión. Con la misma naturalidad con la que había dicho mi nombre, debía cambiar de vida. Debía encontrar aquello que había perdido.

Dejé mi estudio, vendí lo que podía venderse, tiré lo que podía tirarse, conservé sólo lo más necesario, y cerré la puerta detrás de mí.

«¡Adiós, amigo!»

No imaginaba las consecuencias.

Al principio sentí alivio. No más prisas por la mañana, no más dudas sobre la ropa que debía ponerme, sobre el clima y la intensidad del frío, sobre si ameritaba ponerse calzoncillos largos o no. No más carreras para alcanzar el tren, aunque con frecuencia llevara retraso. Y lo peor de todo: ese escalofrío en las entrañas, siempre el mismo: ¿lograría escribir algo ese día?

Tantos años las mismas palpitaciones, esas que me impedían volver a conciliar el sueño a la hora que fuese que me hubiese despertado. Y no porque no quisiera, sino porque era como si temiera estar perdiendo algo, que algo se me estuviera escapando para siempre. Como en el ejército. Como si me quedara dormido estando de guardia. Me gustaba estar de guardia. Era el único momento en el servicio militar en el que sentía responsabilidad y un poco de poder. Estaba por encima del Jefe, ni siquiera él podía darme órdenes. Los colegas dormían. Y yo los vigilaba.

Lo mismo me ocurría con la escritura. Era como si me encontrara de guardia. Y si me despertaba a las tres de la mañana, me levantaba, hacía café,

encendía mi pipa, y escribía en la mesa de la cocina hasta que llegara la hora de tomar el tren que me llevaría a mi estudio.

¿Por qué pesaba tanto en mi vida la escritura? ¿Qué me daba? ¿Qué reemplazaba? Diría que era semejante a lo que me pasaba durante las guardias en el servicio militar. Yo asumía una responsabilidad y tenía cierto poder. Y lo hacía sin preguntar a nadie y sin que nadie pudiera impedírmelo. Quizá esa fuera, finalmente, la importancia de la escritura. La responsabilidad por mi mundo.

¿Habría llegado la hora de dejar todo aquello? ¿De emigrar de mí mismo como había emigrado de mi país?

No podía dejar que otros tomaran esa decisión por mí. Pensaba en lo que había dicho Aksel Sandemose, un escritor al que yo amaba y admiraba.

«Quien pueda dejar de escribir, debe hacerlo.»

Y yo, ¿podía dejar de escribir? ¿Quizá debería hacer acopio de paciencia, dejar que pasara la inactividad, permitir que se despertara en mí aquello que me había hecho escribir durante tantos años?

Sandemose, al que acabo de mencionar, dijo también otra cosa. Un amigo suyo, pintor, tras la muerte de su mujer, no conseguía pintar.

«¿Por qué?», le preguntó Sandemose. «Porque en cuanto me pongo frente al caballete aparece el rostro de mi mujer.» «Pues pinta su rostro», le aconsejó Sandemose.

Lo malo era que yo no tenía ni idea de qué era lo que me impedía escribir.

Los primeros días de desempleo casi no quería ni levantarme de la cama. Afortunadamente mi mujer y yo tenemos cada uno su dormitorio. Gunilla se llama y mi padre, que en paz descanse, nunca logró pronunciarlo, siempre la llamaba «Gkiunilla». Seguramente porque sabía turco, donde el diptongo iu es muy común.

A menudo pensaba en él. Y no por casualidad. Se jubiló a los ochenta y dos años porque ya nadie le daba trabajo.

¿Y yo por qué pensaba en renunciar a la escritura? Seguramente estaba atravesando por una crisis. Otros también habían pasado por ahí. ¿Por qué no insistía? La editorial hacía todo lo que podía para que yo continuara. Me ofrecía copiosos anticipos para que escribiera lo que quisiera. Mis libros, aunque no fueran tan bien como antes, seguían teniendo buena acogida. ¿Qué

me hacía renunciar? Estaba cansado, no cabía duda. Sin embargo, aún me comportaba como escritor en la vida cotidiana a la que continuaba viendo como material para un libro futuro. Observaba los detalles de las cosas como antes y grababa en mi memoria aquellos que algún día podrían serme necesarios, rostros que había visto la víspera diez segundos o un terreno con almendros florecidos en los alrededores de mi pueblo que había visto hacía setenta años.

La vida continuaba estimulándome, pero no eróticamente como antes. Antaño veía el mar y quería hacer el amor con él. Ahora ya no lo veía. Sobre todo lo recordaba.

¿Quizá había llegado la hora del regreso? ¿Quizá aquello que veía frente a mí ya no era el futuro sino el pasado?

No podía dejar de pensar en ello.

Confieso que también sentía un poco de vergüenza. En Estocolmo la pobreza ya era evidente. Mendigos en las calles y gente sin techo. Al mismo tiempo, desconocidos que prendían fuego a los campamentos de refugiados, mientras el partido más reaccionario subía en cada sondeo.

Yo no sólo era un inmigrante, era un griego. Mi país no atravesaba por su momento más glorioso. La deuda pública había alcanzado niveles astronómicos. Europa entera nos vilipendiaba. Éramos haraganes, ladrones, pensionistas de nacimiento.

Una caricatura política en un periódico holandés mostraba a un griego gordo, en pijama y con una mueca soez en el rostro. Con una mano pedía limosna, y con la otra hacía la higa.

Me acordé de los afiches de Goebbels, en los que se representaba a los griegos como monos.

También me acordé de las palabras que había escrito en el prólogo a mi libro *Esclavos y patronos*, en 1973. Ahí decía que había llegado el momento de hablar de mi país, sin sentirme orgulloso de ser griego, pero sin sentirme avergonzado tampoco.

En 2015, sin embargo, me hacía falta toda la fuerza interna que pudiera haber en mí para aguantar la vergüenza de que Grecia fuese humillada cotidianamente por todos. Aun mis amigos cercanos soltaban alguna cosa sobre la «infamia» de mi país. Si los griegos no existieran, Europa no estaría en problemas.

Europa calculaba cuánto le debíamos, mientras en el Egeo los refugiados arriesgaban su vida día tras día. Los había visto con mis propios ojos en Symi, adonde había ido aquella primavera por trabajo. Hombres, mujeres y niños echados en la calle afuera de las oficinas del puerto. Lo peor de todo es que no decían nada, ni siquiera hablaban entre ellos. Se habían abandonado a su destino, que en ese momento eran dos jóvenes guardas del puerto.

Me senté en un pequeño café de la playa. Medio minuto después se me apareció una beldad. Alta, rubia, delgada. Pensé que era una turista. Era la dueña. Pedí un expreso.

—¿Qué va a pasar con esa gente? —le pregunté.

—Se las arreglarán, como nos las arreglamos nosotros.

Luego me contó su historia. En brazos de su madre había salido de Albania y había llegado a Grecia. Al principio lo pasaron mal, pero después sus padres encontraron trabajo, la mandaron a la escuela, aprendió a leer y a escribir, a los diecisiete años conoció a su marido...

—Y ahora tengo dos nietos.

Eso dijo y su voz denotaba fuerza de voluntad y confianza.

No aguanté.

—Ojalá yo hubiera tenido una abuela como tú —le dije.

Me invitó al café por el piropo.

Lo cierto es que también yo pensaba como ella. Que todo acaba por resolverse. Mi padre había sido un refugiado. Y yo, un emigrante. Y los dos «nos las habíamos arreglado».

Pero los tiempos habían cambiado.

Quedó claro cuando fui a Atenas, dos meses más tarde.

En mi barrio, los cafés estaban llenos de desempleados y los vendedores ambulantes aumentaban. A uno le compré diez mecheros en la calle Gyzi. Ninguno funcionaba. En una tienda grande de la calle Athinás, los perros habían aprendido a distinguir a los buenos clientes de los que nomás miraban, y a unos les movían el rabo, y a los otros les enseñaban los dientes.

«Ni durante la Ocupación alemana fue así», dijo una anciana y se persignó afuera de la bella iglesita de la calle Eolu. Una vez entré y recuerdo que me sentí abrumado por tanta riqueza. Nunca antes había visto tantos iconos tan poco comunes, con cubiertas de oro y plata. Me prometí a mí

mismo que no olvidaría jamás su nombre, y sin embargo, lo he olvidado.

La pobreza no sólo se veía. Se olía. El centro de Atenas despedía un olor nauseabundo, mezclado con perfumes caros. «Hedor a humanidad», habría dicho Kostakis si viviera.

Mendigos por todos lados. Algunos lisiados mostraban sus muñones. Mujeres sentadas en las aceras con sus bebés en brazos. Muchachos jóvenes arrodillados como si estuvieran rezando. Y nosotros pasábamos frente a ellos, unos avergonzados y otros con una indiferencia impuesta. «El dracma es la moneda más antigua del mundo», informaba un cartel afuera del Banco de Grecia. Sólo que el dracma ya no existía.

Justo al lado, los arqueólogos habían excavado partes de la antigua Via Sacra. Esas repentinas sincronías suelen producirme vértigo. Atenas es la única ciudad en el mundo que me produce vértigo, y en aquellos días también un sentimiento de tristeza profunda. La pobreza, la indigencia, los vagabundos, las víctimas de nuestro tiempo flotan en el aire como una nube densa y oscura sobre la ciudad. No sólo encima de casas y edificios, calles y callejones, sino sobre lo pasado. Y eso significa vértigo. Que el cerebro se parta en dos como una sandía, mientras el corazón se encoge como un caracol.

Cerca de la plaza Exarjia estaba la escuela a la que fui durante la década de los cincuenta. Alguna vez había quedado en una pastelería de la plaza con la chica que, con unas restricciones draconianas, era entonces mi novia. Cuando podíamos, comíamos miel con mantequilla. Cuando no, nos sentábamos en las bancas que había debajo de las acacias.

Ahora la plaza era un lugar de venta de drogas. «Vendedores» con su infalible saquito sobre la barriga, y clientes. Muchachas que se vendían por un sobrecito o una inyección. Muchachos indolentes echados en el césped. De tanto en tanto una riña sin importancia. Ni un solo policía.

De pronto un «vendedor» comenzó a golpear con furia a una muchachita delgada, menuda, que de miedo no se atrevía ni a gritar. Nadie reaccionó. Indiferencia absoluta. Sólo su novio intervino con lo último que le quedaba de dignidad humana.

«¿Te atreves a pegarle a una mujer?», gritó y el otro le dio un empujón que lo lanzó al enlosado.

Esa noche no pude dormir. No conseguía olvidar esa voz. Ronca,

colocada, desesperanzada, pero aún humana. No se había doblegado del todo todavía.

«¿Te atreves a pegarle a una mujer?»

A las tres de la mañana salí al balcón del hotel en el que me había hospedado. Las oscuras montañas, el Egaleo y el Parnés, en el horizonte; aquí y allá luces encendidas. La ciudad dormía. La Acrópolis iluminada parecía flotar en el aire, como una inmensa mariposa.

Tenía ganas de gritar lo más alto posible para que me oyera el mundo entero.

«¿Te atreves a pegarle a Grecia?»

No lo hice.

Nunca antes había visto mi ciudad así. La pobreza era una vieja compañera, pero aquella indigencia no. Había visto las barracas de los refugiados del Ponto y de Asia Menor en barrios como el Polígono e Ilísia. Pobreza, sí, pero todo limpio y bien cuidado. «Pese a ser pobres, tienen su orgullo», decía mi madre.

Ahora las tiendas estaban cerradas, las calles sin luz, la gente dormía en los parques, en los callejones, en los pasajes. Pero lo peor era la amenaza que pendía en la atmósfera. Parecía una ciudad en espera de un terremoto. Por primera vez no me sentía cómodo caminando solo por la noche en Atenas. Eso era la humillación más grande, el destierro definitivo. Tener miedo de los demás, y que los demás tengan miedo de ti. Hemos dejado de ser individuos aislados para convertirnos en tribus. Por un lado, nosotros; por el otro, los extranjeros. La mirada colectiva ya no veía nada más que la responsabilidad colectiva. Lo había sentido también en Suecia. Después de cincuenta y un años de vivir ahí, cuando comenzó la crisis con la deuda y los refugiados, me volví griego de nuevo. Iba de una emisora de radio a otra, y de un canal de televisión a otro. Yo también compartía la responsabilidad colectiva de los griegos, y todos tenían el derecho a cantármelo.

Europa quería su dinero.

Yo me asfixiaba.

Una noche en la plaza Gyzi, me armé de valor. Me senté en una suvlakería, a comer algo. El camarero era albanés y hablaba un griego extraordinario.

—¿Feta, acelgas y retsina también hoy? —me preguntó sonriendo.

Sólo nos habíamos visto una vez y se acordaba no únicamente de mí, sino de mi frugal comida. Me dieron ganas de darle un beso. No era más inteligente que otros camareros, no tenía mejor memoria. Pero estaba en el estado de alerta del inmigrante.

Veía, oía, aprendía y recordaba con todos sus sentidos. No se tomaba un respiro. Aun por las noches, sólo dormitaba. La gente no se sienta a esperar la muerte. Si Europa pusiera un poco de su parte, habría lugar para todos.

Pero Europa quería su dinero.

## II

El primer día sin mi estudio y sin trabajo me acosté feliz, pensando en que podría dormir todo lo que quisiera. Sin embargo, me desperté a las cuatro y media. Venus brillaba como un proyector, era casi como si me llamara a un interrogatorio y yo no tuviera nada que decir en mi defensa. Así que volví a la cama y para mi gran sorpresa me quedé nuevamente dormido. Dos horas más tarde me levanté y me alegré de poder leer el periódico sin mirar el reloj, pero no calculé que tendría que compartirlo con Gunilla. Mientras trabajé no hubo problema. Ella todavía estaba en la cama cuando yo me inclinaba para darle un beso antes de salir. Hmm, decía sin despertar.

Ahora, en cambio, no decía hmm, sino que preparaba con esmero exquisito su desayuno, que no es sencillo como el mío: dos rebanadas de pan que yo mismo horneo cada sábado, una con un poco de caviar barato y la otra con queso y mermelada de ciruela y mora, hecha también por mí durante los veranos en la isla. A mí me gustaba desayunar con la edición matutina del periódico desplegada frente a mí como si fuera un mapa, para ir preparando mis actividades del día. Disfrutaba de aquellas mañanas en soledad, y mi mujer también las disfrutaba.

Ahora estamos los dos al mismo tiempo en la cocina.

Llevaba puesta su bata roja; la azul, que en mi opinión le sienta mejor, estaba en la lavadora. Me dio en la nuca un beso de «buenos días» y se puso a hacer su desayuno.

Primero partió un huevo para freírlo, y dejó escapar una exclamación de sorpresa. El huevo, aunque pequeño, resultó tener dos yemas. Solíamos comprarlos en nuestra isla, en una finca cerca de nuestra casa. Habían simplificado mucho la venta. Los huevos estaban en una nevera, nosotros cogíamos todos los que quisiéramos, depositábamos el dinero en una cajita y

nos íbamos. Ni empleados, ni perros, ni recibos. Una vez contempladas las dos yemas, Gunilla las echó en la sartén. Luego puso dos lonchas de tocino. Después cortó un poco de pimiento rojo, algo de queso y una rebanada finísima de pan.

Así lo cortaba mi padre. Mi madre lo chinchaba. «Ay, marido, cortas rebanadas transparentes», le decía. Eso mismo le dije yo a mi mujer.

No entendió y no se acoquinó. Sacó sus múltiples vitaminas y unas cápsulas para fortalecer las articulaciones, encendió la radio y, al mismo tiempo, puso a hervir diez litros de agua para prepararse el té.

Me acordé de Odiseo, un amigo al que hospedé durante un tiempo en mi estudio, y que todo lo que hacía, lo hacía con una exageración desmedida. Había venido a Suecia para adelgazar y durante todo un mes no comió sino pepino. Era, decía, una dieta que había inventado el ejército israelí. No aguantó más de un mes. Un día lo pillé comiéndose un pastel entero, escondido detrás de unos matorrales en la plaza Mariatorget donde, dicho sea de paso, había tenido lugar el último ahorcamiento antes de que la pena de muerte en Suecia fuese abolida.

Por las noches jugábamos juegos sencillos, como el «Thanasis», donde lo único que se necesitaba para ganar era suerte. Siempre me ganaba y presumía: «Pero ¡qué buen jugador soy!».

¿Qué le podía yo contestar?

Un domingo vino a nuestra casa. Quería cocinar él mismo e invitarnos a cenar. De inmediato se llevó bien con Gunilla. Ambos eran revoltosos y comilones. Golpeteaban vasos y platos con tenedores y cucharas, removían lo que hubiera en las cacerolas con ahínco y con pasión y, cuando finalmente nos sentamos a comer, se abalanzaron sobre la comida sin tomar siquiera aliento. En un momento dado le dije a mi mujer: «Más despacio, Gunilla», y Odiseo salió en su defensa: «¡Deja a la niña disfrutar de su comida, so sádico!».

También él ya murió, mis muertos iban en aumento.

En cuanto a mi mujer, estaba totalmente seguro: yo me iría primero. Y cuando la veía comer, me divertía. Tenía una forma muy graciosa de ladear la cabeza ligeramente a la derecha —una costumbre de la época en la que aún llevaba el pelo largo—, de abrir la boca unos segundos antes de que fuera necesario —lo mismo hace su padre—, y de meterse el bocado frunciendo los

labios como si le dijera: «Ahora verás».

Ahora me quitó también la mitad del periódico.

Hemos estado casados durante cuarenta y seis años, pero no somos una pareja simbiótica. Ambos hemos querido siempre nuestra independencia. Y la hemos tenido. Mientras los dos trabajábamos, no hubo problema. Tampoco lo hubo cuando Gunilla se jubiló antes de cumplir los sesenta. Yo continué yendo a mi guarida de lobo todas las mañanas. A lo largo de diecisiete años hizo con su día lo que quiso, tenía la casa y el periódico matutino en exclusiva para ella.

De ahora en adelante, sin embargo, estaríamos el día entero juntos en casa. Vi que le había dado un poco de miedo, iba y venía a la cocina, y fingía no verme. Yo tampoco me sentía cómodo. A esas horas estaba siempre en el trabajo, escribiendo.

De repente sonó su móvil. No eran ni las nueve. ¿Quién demonios la llama tan temprano? ¿Habría sido así todos estos años? ¿En cuanto yo salía de casa empezaban los telefonazos? No dije nada y para restarle gravedad a la situación, le hice señas de que se fuera a hablar a otro lado.

Mientras tanto, yo no paraba de sacar conjeturas. Seguramente habría encontrado a otra persona durante estos años de andanzas por bosques, playas y montañas con el Grupo de Excursionismo. De reuniones por las noches, y óperas y teatros. De joven yo había sido un Otelo. En una ocasión, en Atenas, vi a mi novia sonreírle a un muchacho que no era yo y me desmayé de dolor.

Pero todo eso se había acabado. Ya no aguantaba ni desmayarme. Una de las cosas buenas que trae consigo la vejez es que uno piensa más en el futuro de los otros que en el propio. Comprobé que Gunilla todavía era bella, pese a haber cumplido los setenta años. Me alegré. ¿Acaso existe un misterio mayor en este mundo que el de sentirte atraído por una única cara toda la vida?

Al mismo tiempo sentía como si me estuviera entrometiendo en su vida privada, me sentía como un huésped no invitado. Por fortuna teníamos, como he dicho, cada uno su dormitorio. No leía ni escribía ahí, no fumaba ni escuchaba música. Todo eso lo hacía en el estudio que tenía en la ciudad. Allá estaban mis libros, mis discos y mis pipas. Mi habitación en casa parecía ajena, sosa, estrecha. ¿En esa cárcel pasaría el día entero? Sentí una punzada en el corazón.

¿Qué había hecho, idiota de mí? ¿Cómo pude abandonar mi nido?

¿Qué echaba en falta? Ante todo, la caminata matutina de casa a la estación, sin importar que muchas veces, en invierno, la hiciera maldiciendo. Mis pies se habían hecho al trayecto. Era alrededor de un kilómetro y medio. Por el camino me encontraba con algún vecino, con los niños que iban a la escuela, con pensionistas que sacaban a su perro a dar la vuelta para que «leyera el periódico» según me dijo un agradable jubilado cuyo perrucho se había detenido a unos dos metros de distancia y olisqueaba el suelo aquí y allá. Muchos de los chiquillos ya me conocían y a veces cruzábamos algunas palabras. Dos muchachitas, hermanas, me llamaban «Lutero» según me confesó riendo su madre un día. Nunca entendí por qué, ni nunca me lo explicó. Quizá porque cada mañana, siempre a la misma hora, me veían dirigirme al trabajo con la mochila al hombro.

Todos los días observaba lo que ocurría en el barrio. Quién había comprado un coche nuevo, quién se había ido de vacaciones, quién estaba remodelando su casa, qué casa se había puesto en venta y por qué razón. Con frecuencia la razón era el divorcio o la vejez. Veía la primavera llegar al parquecito, veía el césped crecer, las viejas bellotas rejuvenecer. Veía el verano, el otoño y el invierno. Los manzanos florecidos, las cerezas maduras, la fruta caída. Las lilas que tan aromática fragancia desprendían. De vez en cuando me acordaba de aquella tarde de primavera de 1968, en la que por primera vez hice ese trayecto y mi vida cambió, porque ahí vivía la chica que se convertiría en mi esposa. Iba a conocer a sus padres. Años después, en el terreno contiguo a la casa paterna, construimos la nuestra.

Siempre pensaba esas cosas de camino al tren, con frío y nieve, o con sol y una brisa agradable. Iba a mi trabajo. Si atravesaba por una época intensamente creativa, tomaba un camino distinto para evitarlo todo y a todos.

Al bajar del tren, aún había un kilómetro y medio hasta mi estudio. Todos los días me encontraba con las mismas personas. Nos reconocíamos sin saber nada el uno del otro. Nos saludábamos con una simple sonrisa, como una corroboración de que nos alegrábamos de estar vivos todavía y luego cada uno continuaba su camino.

En la ciudad, bastaba con que me cambiara de acera para que todo el

trayecto se convirtiera en una aventura distinta. Había días, sobre todo al principio de la primavera, en que no me apetecía ir directamente al trabajo. Entonces me daba una vuelta por el cementerio de Santa Catalina. Ahí estaba enterrado un amigo mío, que había rodado una película basada en mi primera novela. Murió joven y de repente. Me gustaba sentarme en uno de los bancos del panteón y abandonarme a la ligera embriaguez producida por la primavera y la muerte, por tantos pensamientos y sentimientos difusos, completamente convencido de que todo tenía un sentido que yo, sin embargo, no acertaba a poner en palabras.

Llegaba a mi guarida de lobo ahíto. No sé de qué otra manera decirlo. No me hacía falta nada. O, más bien, aquello que me hacía falta lo hallaba en la escritura.

En eso pensaba cuando me senté frente al ordenador, en mi habitación. No hallaba sosiego.

El cuerpo me hormigueaba. Al cabo de diez minutos me levanté de nuevo. «Voy a dar una vuelta», dije. Gunilla ni siquiera lo oyó. Ahora que ya no tenía que ir a la estación, ¿adónde iría? ¿Deambularía por las calles sin rumbo? Ahora que ya no iba a escribir, ¿en qué pensaría?

Deambulaba, sí, por las calles, pero eso no significaba que no ocurrieran cosas. Ante todo, pensaba en Kostas, mi amigo del alma, un muchacho valiente y fornido. Acababa de morir. Fue él quien me protegió cuantas veces nos manifestamos en contra de la dictadura. En Estocolmo, pero sobre todo en Islandia, donde los policías eran unos gigantones enfurecidos. Llovían golpes, pero Kostas, que antes había sido albañil y tenía unas espaldas que parecían una puerta de granero, siempre me decía que me pusiera detrás de él, siempre detrás de él. Él era el muro que me protegía. Siempre delante y primero. Y así murió. Primero. Estaba gravemente enfermo y no lo soportó. No dejó que la muerte lo humillara. Me lo imaginaba solo en el hospital, a las tres de la mañana, cuando abrió la ventana y saltó. Nos dejó a todos para recordarlo.

Mis pasos me habían llevado hasta una zona que cien años atrás había sido una pequeña población rural. Algunas de las casas que habían sobrevivido se habían transformado en mansiones, con automóviles de lujo estacionados fuera. Pero también había casas en ruinas. En una de ellas, el

Ayuntamiento había puesto un letrero informando de que en ese recinto alguna vez había estado la escuela de la aldea. No fue eso lo que me conmovió. Fue el sendero que llevaba hasta ahí y al que todavía llamaban «Camino de la Escuela». Se me cortó la respiración.

Lo tomé. Me adentré en él por campos cultivados, hasta que se escabulló en el bosque como una serpiente asustada. Era un sendero angosto, abierto por niños que iban a la escuela con lluvia o con sol, con frío y con nieve, un día tras otro, un año tras otro. Pasos infantiles que iban y venían cada día. Niños a los que nadie llevaba, y las distancias no eran cortas. Y esos niños serían quienes algún día transformarían Suecia: de una sociedad básicamente medieval, a la socialdemocracia contemporánea.

Su camino todavía estaba ahí.

Me preguntaba qué opinarían aquellos primeros socialdemócratas de los refugiados, el tema que dividía a la sociedad en dos. Algunas personas no querían saber nada de ellos. Otras muchas opinaban que debíamos respetar el derecho de asilo sin restricciones. Lo mismo pensaba yo. Pero la ola de refugiados era más copiosa cada día. En un lapso muy breve llegaron a Suecia ciento sesenta mil personas pidiendo asilo. Las autoridades no lograban hacer frente a la situación, atadas de manos como estaban por las viejas reglas que están más al servicio de la comodidad de los empleados que de las necesidades de la gente. Entonces el gobierno socialdemócrata decidió cerrar, más o menos, las fronteras. Dicha medida se presentaba como inevitable.

Yo no compartía esa opinión. Por un lado, los derechos humanos no son algo que se pueda modificar a voluntad. Y, por el otro, estaba seguro, y aún lo estoy, de que Suecia —como también Grecia— iba a necesitar en un futuro inmediato a aquellas personas para solucionar su problema demográfico —de población envejecida— y mantener un mercado de trabajo funcional.

Mis palabras no cayeron en tierra fértil.

Pero antes también había tenido problemas con la ideología reinante de la época. Tras el terrible ataque en París, el 7 de enero de 2015, cuando simpatizantes de la organización terrorista Al Qaeda atentaron contra el semanario *Charlie Hebdo*, el debate sobre el derecho a la libertad de expresión se desató. Suecia tenía una tradición formidable en lo concerniente

a este asunto. El parecer que prevalecía era que no debía haber restricciones en lo que una persona quisiera opinar, a menos que su opinión pudiera considerarse propaganda contra un pueblo o una parte de la población.

«No comulgo con tu opinión, pero estoy dispuesto a morir por tu derecho a expresarla», dijo Voltaire, si es que llegó a decirlo. Es obvio que no se refería a aquello que muchos consideran hoy como un derecho, es decir, insultar las convicciones y los valores de los otros, comportarse de forma irrespetuosa con los símbolos religiosos y burlarse de los dioses y los santos, tendencia que tan en boga está últimamente.

Me parecía una postura errónea.

Se suele decir que sólo el hombre sabe del suicidio. No es del todo cierto. Yo me acordaba de un alacrán que había visto de niño en San Pedro, la propiedad que mi bisabuela tenía en Finiki. Ya no recuerdo cómo, pero el bicho se había quedado atrapado en el centro de una pequeña hoguera que mi abuelo había encendido para quemar basuras varias. El alacrán intentaba hallar la salida, quería escapar. Pero no lo consiguió. Cuando las llamas estuvieron ya muy cerca de él, él mismo se inyectó su veneno.

Ciertas libertades democráticas me recordaban a ese alacrán. Son capaces de autodestruirse. Con procesos democráticos puede imponerse tanto la dictadura como la tiranía. Con elecciones democráticas puede llegar al poder un partido que quiera acabar con la democracia. Y puede anular el derecho a la Libertad de Expresión haciendo uso de ese mismo derecho. Puede incluso difundir la idea de que ese derecho debe ser abolido.

Eso es algo que todos sabemos, pero lo aceptamos como «el dilema de la democracia». En mi opinión, es un error. Las libertades democráticas deben estar al servicio de principios más grandes que ellas, como por ejemplo la paz o la igualdad entre los hombres, para no volverse autodestructivas.

La sociedad no quiere, ni puede prohibir opiniones, únicamente acciones. Parece lógico, pero no lo es. Las opiniones no se consideran acciones, son intangibles, existen en el espacio y en el tiempo un poco como fantasmas. Las palabras no son sino aire comprimido.

Por el contrario, las acciones son visibles. Mueves una silla de lugar en una habitación, y la habitación cambia.

Mi abuela no era periodista, ni filósofa, pero solía decir que «las palabras

no tienen huesos, pero los rompen». Sabía lo que casi todo el mundo sabe: que una palabra puede hacer más daño que el cuchillo más filoso. Decir algo es hacer algo.

Mi abuela, como la mayoría de las mujeres de su época, había vivido momentos muy difíciles. Guerras, hambre, enfermedades, pérdidas de seres queridos. En una ocasión le pregunté cómo aguantaba, y no me respondió con palabras. Simplemente señaló el cielo con el dedo.

Si alguien ofendía sus iconos, insultaba a su dios, humillaba a sus santos en nombre de la libertad de expresión, quizá lo perdonara, pero era incapaz de entender una barbarie semejante. Y menos aún si el culpable afirmaba ser inocente.

Mi abuela no era alta, pero en altura moral no había quien la superara.

Voltaire hablaba del derecho de los ciudadanos a expresar su opinión y a hacer la crítica del poder. A eso se le llama libertad de expresión. Sin embargo, la manera en que le hables a tu vecino no entra en esa categoría. Ahí hay siempre una frontera natural: el Otro. En todo lo que digas, en todo lo que hagas, has de tener en cuenta al Otro. Naturalmente que puedes ignorarlo, pero eso tiene sus consecuencias. Una de las más comunes es la hostilidad, el odio y, en algún momento, incluso la guerra. Y que te ocultes detrás de Voltaire, no ayuda.

Si queremos entendernos unos a otros, ante todo debemos aceptar que el otro existe y que es probable que crea en cosas distintas de las que creemos nosotros. En una relación de igualdad no hay sino derechos recíprocos y obligaciones recíprocas. Respétame para que te respete, escúchame para que te escuche.

El derecho a la libertad de expresión no era independiente de la estructura social. No todos podían expresar su opinión ni divulgarla. Pocos tenían ese privilegio y ese poder. El Otro ha de ser el límite natural y el lindero de nuestros actos y nuestras palabras. No haces cambiar a un cristiano presentándole a un Cristo homosexual. Ni un musulmán deja de creer en Mahoma porque tú se lo presentes como un diablo enloquecido. Más bien, al contrario. El cristiano se vuelve más cristiano, y el musulmán más musulmán.

Casi todos los suecos comprendían estas cuestiones tan simples, pero ni los redactores ni los editores las entendían. Muchos hablaban de su derecho sagrado e inalienable de burlarse, ofender y ridiculizar a los otros y sus

pareceres. Jugaban al sargento con personas que no eran sus soldados.

Yo no estaba de acuerdo.

Una cultura no puede ser juzgada sólo por las libertades que se toma, también se juzga por las que no se toma. Hay cosas que no se prohíben, pero eso no significa que se permitan.

Sin embargo, esos pensamientos parecían un sacrilegio a los ojos de los ideólogos neoliberalistas. Ellos defendían con pasión sus derechos, pero a mí no me lo permitían, y menos todavía, a mi abuela. Ellos tenían sus periódicos y sus emisoras y sus sofás frente al televisor.

Me llamaba la atención. Suecia no había sufrido como el resto de Europa. No había entrado en el horror de la Segunda Guerra Mundial. No había padecido hambre, no había perdido a miles de hombres en las batallas o en los campos de concentración.

Por eso esperaba una deontología menos agresiva por parte de los intelectuales. Ya no entendía la sociedad que me rodeaba. El mundo había cambiado de derrotero.

Todas aquellas corrientes que hasta entonces habían sido subterráneas, emergieron a la superficie. Anticomunismo fanático, odio por la socialdemocracia, antiguos nazis desilusionados, generales que habían sido privados de la guerra, nuevos ricos que veían en su riqueza la prueba de su superioridad.

La globalización, que en esencia significaba que el capital internacional podía hacer lo que quisiera y donde quisiera, se convirtió en una nueva teoría cósmica con muchos y muy hábiles defensores.

Suecia no consiguió quedarse fuera de esa nueva guerra mundial, que en esta ocasión era económica.

Día a día la sociedad cambiaba. Yo solía conversar con los jóvenes, muchachos y muchachas. La mayoría se exasperaba con el materialismo, la buena vida y el tedio de la sociedad. Estaban en busca de una ideología, de una salida, pero no la encontraban. La tradicional izquierda no les atraía. Los ecologistas los habían desilusionado. La socialdemocracia era para la gente de edad mediana y los jubilados. Ya no quedaban sino diversos matices de la derecha, desde los Blancos en Finlandia hasta los fanáticos del Estado Islámico.

Cada semana, jóvenes —muchachos y muchachas— se marchaban como voluntarios a Siria, la mayoría reclutados por ISIS, y algunos para apoyar al pueblo en desgracia. Mi generación se había ido de Grecia porque nuestro país no nos quería. Ellos se iban del suyo porque ya no lo querían. Todo se vendía, pero no a todos.

No era así, pero ellos así lo sentían.

¿Qué era aquello que decía Sartre? O mueres por algo o mueres por nada. Esos muchachos, los voluntarios de Suecia, preferían morir por algo. Quizá sea honorable morir por tus principios, pero es menos honorable matar por ellos.

Hace mucho tiempo escribí que el hombre necesita un sentido en la vida, no tanto para vivir, como para morir.

La vida termina y al mismo tiempo sigue. No en el cielo o en las islas de los Bienaventurados, sino en las consecuencias de nuestras acciones.

En eso pensaba durante mis largas caminatas a la espera de que cayera la noche, que siempre era un momento dulce. Gunilla y yo cenábamos hablando de nuestros hijos y de nuestros nietos y de si habría o no algo que ver en la televisión. Por lo general no había. Los únicos programas que tenían cierto interés eran los de algún que otro director francés. En Francia todavía se hacían películas para gente adulta, mientras que todos los demás se habían hundido en el pantano de la diversión fácil. Para no errar el tiro, siempre se incluía algún crimen.

No había nada que ver. Así, Gunilla se atrincheraba detrás de su ordenador y yo salía al balcón a fumar mi pipa. Tendría que dejar de fumar, bastante había martirizado ya a mis pulmones. Pero no podía dejarla definitivamente. Mi pipa y yo habíamos estado juntos durante cincuenta y cinco años. Ahora lo que intentaba era simplemente que de esposa pasara a ser amante. Varias veces al día la sustituía por chicles y cosas así, pero cuando llegaba la noche y después de la cena, me era absolutamente indispensable.

Salía al balcón y me declamaba a mí mismo los versos de Horacio: «No sabes cuántos inviernos te tiene reservados aún Zeus. Puede que este sea el último». Por supuesto que yo no oía las olas del mar Tirreno, como en el poema de Horacio, pero veía las luces de las casas alrededor, las hojas

trémulas de los tilos, el ciprés que, sin conseguirlo, intentaba superarlos en altura, y me decía a mí mismo: «¿Y qué si mueres esta noche? Hace ya decenas de años que ves esas luces y esos árboles, aun muerto los recordarás. Nuestra vida no es un sueño, sino una sombra fugaz entre el tiempo y la luz. La muerte no te privará de nada, has probado ya todos los placeres. Has visto a tu mujer parir a tus hijos. A tu hijo convertirse en un hombre y a tu hija en una mujer. Has visto al cerezo de tu jardín crecer, a las olas del mar pulir los cantos, a las serpientes enredarse una al lado de la otra. ¿Qué más puede ofrecerte ya este mundo? Bebe tu vino, date la bendición y cierra los ojos. Y si mueres esta noche, nada cambiará ni nada perderás».

Así me hablaba a mí mismo. Y me tranquilizaba. Todas las noches, en el balcón, me reconciliaba con la muerte, pero a la mañana siguiente lo había olvidado. La única verdad incontrovertible —que soy mortal— estaba fuera de mi alcance. La veía, la entendía, pero la olvidaba y por la mañana comenzaba de nuevo la lucha por el pan y por el nombre como si no hubiera pasado nada. «¿Qué piensas?», me preguntaba Gunilla. «Que moriré», le contestaba con la mayor sencillez de la que era capaz, sin entender verdaderamente lo que le estaba diciendo. La muerte siempre está presente y siempre es incomprensible.

También a ella la perdería. No volvería a ver su pie asomando por debajo de las mantas como la pezuña del diablo. Duerme así. Con un pie por fuera de las mantas.

Perdería a mis hijos y a mis nietos. Era mejor que me fuera yo primero. Para no sufrir más pérdidas. Ya había en mi corazón un pequeño cementerio de seres queridos ahora ausentes. Mis padres, mi hermano mayor, amigos y amigas.

A veces me enojaba con ellos. Con Diagoras Xronópulos, por ejemplo. Nos conocíamos desde los doce años. Un día estábamos en nuestro viejo café, el Sonia, en la avenida Alexandra de Atenas, conversando del grupo de teatro que él dirigía y de nuestra soledad, que cada vez se hacía más grande. Le habían abierto el corazón dos veces y aún estaba vivo, bebía, fumaba, y nuestros ojos se encontraban con una ternura indecible. Nos despedimos. Él volvió a su apartamento y yo a Estocolmo.

Tres meses después me llamó por teléfono Yannis Fertis, el tercer miembro de nuestro grupo de amigos. Diagoras había muerto. No sin

sufrimiento. Me preguntó si iría al entierro.

—Estoy en Suecia, Yannis.

Así eran las cosas. Estaba ausente. Los últimos cincuenta y cinco años había estado siempre ausente. Quedamos en que llevaría al entierro una flor de parte mía. La llevó. Y, contra su costumbre, pronunció unas palabras.

Las leí mucho tiempo después, una noche en una taberna en Atenas en la que Marina, la mujer de Yannis, me regaló un icono que ella había pintado. *Tres amigos junto a la chimenea.*

Si he de ser sincero, lloré. Era una especie de réquiem para ese tercer amigo que nos había dejado.

Amigo Diagoras:

Nos dejaste el miércoles por la mañana, y quiero pedirte una disculpa porque para esa noche ya te había olvidado. Fui al teatro, pregunté en la taquilla cómo íbamos de público, durante la función representé mi papel como si nada, y cuando volví a mi casa, te olvidé de nuevo mientras veía el partido de fútbol en la televisión.

Así es la vida. ¿No solemos decir que la vida sigue? Sé que durante los años que me quedan te recordaré cada vez menos, como a mi madre, a mi padre y a mi hermano.

Pero cuando te recuerde, viajaré muchos años atrás en el tiempo, hasta la época en que estábamos en el colegio. Cuando a los diecisiete, junto con nuestro querido amigo y compañero Thodorís Kallifatides nos escapábamos de nuestras casas a media noche para ir a una de las dos cafeterías que, en la avenida Alexandra, permanecían abiertas toda la noche. Evidentemente bebíamos café y fumábamos. Y lo más importante para nosotros: hablábamos sólo de teatro.

Volvíamos a nuestras casas con sumo sigilo, no fueran a oírnos nuestros padres, dormíamos tres o cuatro horas y por la mañana íbamos juntos a la escuela, cuando yo no hacía novillos, por supuesto.

Qué inverosímil me parecía todo aquello. ¡Qué ganas las nuestras de comernos el mundo!

Y ahora, uno de los tres había muerto: Diagoras, el cascarrabias.

Cuando éramos jóvenes, Thodorís y yo nos confabulábamos para hacerte rabiar. Aún puedo verte, muy enojado, caminar casi veinte

metros por delante de nosotros, y a nosotros riendo detrás.

¡Adiós, amigo!

Me avergonzaba no haber ido al funeral. No podía ir. Pero Yannis me había llevado con él. Y estaba seguro de que, aunque Diagoras se habría cabreado, me habría perdonado.

También pensaba en las personas para las que dejaría de existir. Quien más sufriría —mi madre— ya se había ido. Los demás sufrirían un tiempo. Alguna vez Gunilla me llamaría a comer olvidando que yo ya no comía; los chicos se acordarían de mis bromas, que detestaban, o de que jugábamos a las cartas o al Monopoly y que yo les hacía trampas y ellos se aliaban sin ningún derecho contra mí, o de cuando luchábamos en la cama todos contra todos. Con el tiempo, sin embargo, su tristeza iría disminuyendo. Se acordarían de mí de vez en cuando, quizá incluso llegaran a festejar mi cumpleaños. «Si papá viviera, hoy cumpliría noventa y cinco», dirían, y partirían un pastel.

En cuanto a mis nietos, en una ocasión el niño me dijo literalmente lo siguiente: «Abuelo, yo pronunciaré unas palabras en tu funeral. En la escuela dicen que eres un gran escritor. Yo no he leído ni una letra de tus libros, sólo los versitos que escribes en los regalos de Navidad. Pero eres la persona más divertida que conozco. Y eso es lo que voy a decir». En ese momento tenía trece años. Eso fue lo que me dijo y me hizo llorar el condenado.

Mi nieta mayor ya había empezado a olvidarme. Tenía quince años y estaba enamorada. Sus ojos habían adquirido un nuevo color y miraban a otro lado, como si bizqueara. No veía más allá de su chico.

También la pequeña había hecho ya sus declaraciones. En una ocasión —habrá tenido alrededor de cuatro años— le pregunté si quería ir al bosque a dar una vuelta conmigo. Se puso las manos en las caderas, se estiró lo más que pudo y me dijo:

—Jamás de los jamases.

Quizá, a fin de cuentas, la muerte no fuera tan terrible. Y, sin embargo, lo era. Pero... ¿era seguro que moriría? Eso decía mi tío Lambis, el hermano de mi madre. Siempre, después de algún entierro en el pueblo, los viejos se reunían en el café y balanceando la cabeza, decían: «Para allá vamos todos». Sólo mi tío discrepaba. «No es seguro», opinaba. Y, sin embargo, lo era. Mi

tío murió entre terribles dolores en un hospital de Atenas mientras su mujer le suplicaba «No te vayas, amor mío». Pero él no le hizo caso.

Por lo tanto, era seguro.

La emigración es una especie de suicidio parcial. No mueres, pero muchas cosas mueren dentro de ti. Entre otras, tu lengua.

Por eso me siento más orgulloso de no haber perdido mi griego después de haber vivido cincuenta y cinco años en Suecia, que de haber aprendido el sueco tan bien como lo he aprendido. Lo segundo fue obra de la necesidad, pero lo primero es un acto de amor. Una victoria contra el olvido y la indiferencia.

En su momento, tomé la decisión de abandonarlo todo, no de olvidarlo. Grecia y el griego me hacían cada vez más falta. Había guardado en un cajón varias cartas que me había enviado María, mi último amor en Grecia. Las sacaba y las leía lenta, muy lentamente, no para recordar nuestra juventud o porque ella hubiese colocado una bomba sin fecha de caducidad en mi cerebro, sino para deleitarme con su griego.

«Vuelve, tenemos todavía muchos paseos por dar», me dijo en una ocasión, cuando ya no éramos amantes sino algo más valioso. Simplemente buenos amigos. Leía sus cartas para saborear mi lengua. Cuando todos los otros pesares ya habían cedido, el pesar por mi lengua permanecía, haciéndose cada vez más grande.

Aun en mi vida cotidiana lo percibía. Llamaba a Yorgos Patrínos con cualquier pretexto, única y exclusivamente para decir dos palabras en griego. Aunque fuera en un griego destilado tras cincuenta años en Suecia.

—¿Cómo te va, jefe?

Yorgos era mecánico automotriz y a él le llevaba yo mi coche.

—Cómo me va a ir. Aquí, muriéndome de a poco.

Los médicos no le encontraban nada. Y, sin embargo, ya no podía caminar, ni conducir. Era el mejor conductor que he visto en la vida. Sin duda. Su taller tenía una entrada muy angosta. La mayoría de nosotros conseguía entrar. Pero salir en marcha atrás era otra cosa. Eso se lo dejábamos a Yorgos que sacaba los coches como si estuviera en una autopista. Ahora ya no podía conducir. Había encerrado su último amor —un Saab color oliva con un motor de trescientos cincuenta caballos— en un

garaje y una vez a la semana pasaba a verlo.

Yorgos tenía el corazón más grande que he conocido, pero su alma no fue capaz de aceptar la realidad.

«Véndelo, eso ayudará a que te calmes», le decía.

Algunas veces fuimos al garaje juntos. El coche estaba protegido por una cubierta, para que no se empolvara. Y de verdad brillaba como si jamás hubiese salido a la calle.

«Nadie lo quiere. Gasta mucho.»

Con ese Saab había viajado a Alemania y vuelto loca a la gente. Los Mercedes y los BMW lo perseguían para rebasarlo, pero ¡qué va! Su mujer le imploraba.

«Más despacio, Yorgos, más despacio.»

«Tú no sabes lo que esta gente nos hizo pasar cuando la guerra», le respondía apretando el acelerador y el Pegaso de fabricación sueca volaba por las carreteras dejándolo todo atrás.

Todo eso se acabó. Cuando comenzó a decirnos que cerraría el taller, que ya estaba cansado, nos enseñaba sus manos.

«¡Ya no aprietan las puñeteras!»

No era del todo cierto. Si bien ya no tenían la fuerza de otras épocas, cuando podía partir en dos el directorio telefónico de Estocolmo, todavía te dejaba la mano adolorida cuando te daba un apretón.

«¿Y qué vas a hacer el día entero si te jubilas?», le preguntábamos.

Lo conocí en 1966. Entonces tenía el taller con otro Yorgos, quien por alguna razón lo llamaba «Jefe», mientras el otro era el «Operario». Yo los quería a los dos y le decía a Yorgos el operario «Jefe» y a Yorgos el jefe, «Yorgos». Se habían vuelto una institución entre los griegos en Estocolmo. A partir de mi expatriación, siempre he buscado, aun si no conscientemente, a un hermano mayor. Alguien que fuera más fuerte, más seguro, más valiente. Alguien que fuera más prudente no era tan fácil de encontrar, si he decir la verdad.

Durante la dictadura su taller se volvió un centro de resistencia. Yorgos, el Jefe, demostró ser un animal político de envergadura. En poco tiempo se había vuelto uno de los líderes de la lucha por la democracia en Grecia, y no abandonó la política después de la caída de la dictadura. Dejó el taller y no

volvió jamás.

Yorgos, el Operario, se quedó solo y abrió un nuevo taller, más cerca del centro de la ciudad.

Ahí acudíamos todos los que no teníamos más que hacer. Siempre había café, hablábamos de esto y de lo otro, y los taxistas nos contaban de sus clientes. ¡Qué no veían sus ojos!

«Hasta la una de la mañana, Estocolmo es Estocolmo. Después se vuelve Sodoma y Gomorra», decían.

Al taller también llegaba gente que no tenía, ni pretendía, ni podía tener un coche. Por ejemplo, un anatolio, un viejo emigrante que nadie sabía de dónde era. Tenía unos ojos grandes y gentiles, una voz cálida y una tos por la que quizá le habían dado la jubilación antes de tiempo. Vivía completamente solo, leía mucho y hablaba poco. Pero era evidente que le gustaba pasar buenos ratos en el taller de Yorgos, quien, con el tiempo, le encomendó la responsabilidad del café.

El anatolio me recordaba a mi abuela. Se sentaba en su silla igual que ella. Muy recto, los dedos entrelazados, la mirada luminosa y estable. Ambos daban la impresión de que nada podría perturbar su total concentración, que me gustaría llamar «la fuerza de los débiles». La certeza absoluta de que eran capaces de soportarlo todo, y de que cualquier cosa podría ocurrir en el momento más inesperado.

Personas así saben que no pueden dominar la vida, pero sí pueden dominar su miedo.

Luego estaba el Judío. Nadie sabía si realmente lo era. Pero así lo llamábamos y él no protestaba. Era muy culto, se decía que antes de la jubilación había sido juez, y siempre que surgía alguna diferencia entre nosotros, lo invitábamos. También él vivía solo, pero tenía «a sus muertos», como decía.

Al taller de Yorgos también acudían con sus coches las Alegres Viudas, no sólo porque los precios eran bajos, sino porque Yorgos, a veces, cuando intuía que el cliente tenía dificultades económicas, no le cobraba. En una ocasión, una de estas señoras nos tomó a Yorgos y a mí una fotografía, porque estábamos «muy guapos con el cabello cano». ¿Cómo podía cobrarle después de eso?

Ninguno de nosotros quería que Yorgos se jubilara, pero él encontró a un

yugoslavo, le vendió el taller, puso el dinero en el banco y se fue a su casa.

«Voy a lavarme las manos», dijo.

Una semana más tarde comenzaron a aparecer los primeros achaques. Una punzada aquí, otra punzada allá, mareos, ofuscamiento, distracción, la lengua se le pegaba a la boca y tenía dificultad para hablar. Comimos juntos un mediodía. Insistió en pagar. «Anda, escribano, come algo a ver si embarneces, estás escuálido.»

—¿Qué dicen los médicos, jefe?

—No dicen nada, ¡mal rayo los parta! Que he respirado mucho humo de coches, dicen, que pronto pasará.

Pero no pasaba. El gallardo Yorgos se marchitaba.

La conclusión es que las personas envejecemos y que es mejor envejecer trabajando. Y sin embargo yo, en vez de seguir escribiendo contra viento y marea, ya no podía ni quería escribir.

A mis veinticinco años, cuando me pregunté cómo viviría mi vida, la respuesta fue «yéndome». A los setenta y siete la pregunta volvió. ¿Cómo viviría la vida que me quedaba? Y la respuesta era, cada vez con más frecuencia, «volviendo».

Entretanto, llegó el verano. La ciudad se vació. También para nosotros junio era el momento de instalarnos en nuestra casa de campo en Gotland. Habíamos ido a Gotland cada verano desde 1972, lo que significa que yo tenía material suficiente para hacer comparaciones si así lo deseaba. Hacer comparaciones para ver ¿qué? La velocidad vertiginosa de la sociedad de consumo.

Los primeros veranos teníamos un coche usado, era un Ford Taunus, para quienes lo recuerden. Lo cargábamos con todo lo que fuéramos a necesitar, llevando prácticamente todo, desde sábanas hasta utensilios de cocina. En pocas palabras, transportábamos todo el ajuar. Al principio sólo teníamos un hijo, unos años después ya eran dos, más las amadas macetas de mi mujer que viajaban con nosotros.

Con los años, fuimos comprando cosas para Gotland. Equipamos la casa y adquirimos un automóvil más grande. Pero también ese lo llenábamos. Y los niños viajaban con las macetas de Gunilla abrazadas. Unos cuantos años después ya teníamos dos automóviles que también llenábamos. Los niños

crecieron y dejaron de ir con nosotros. Entonces viajábamos cada uno en su coche, y de nuevo los dos automóviles iban llenos a reventar. Teníamos dos casas totalmente equipadas, y los abrumadores traslados continuaban. Al principio no llevábamos ni una lata de cerveza con nosotros; luego comenzamos a llevar los vinos que no se encontraban en la isla, cajas con el whisky que nos gustaba, más macetas todavía, alguna que otra delicia que pudiera antojársenos, trajes y vestidos porque nuestros compromisos sociales aumentaban. Asistíamos a bautizos y funerales, invitábamos a gente a comer y éramos invitados. El solitario litoral en el que vivíamos ya era todo menos solitario.

En esencia ya no íbamos de vacaciones. Sólo trasladábamos nuestra vida de invierno al verano. La casa en la isla se había convertido en un lugar de paso. Gunilla es incansable e insaciable en lo que a la vida social se refiere. Yo soy lo opuesto. Me hartó pronto e incluso con los buenos amigos, al cabo de una hora escasa, comienzo a mirar el reloj a hurtadillas.

Por eso construimos otra casita más, para que fuera mi estudio. Un día encontré en la playa un trozo de madera que el mar había pulido tanto que parecía mármol. Gunilla escribió en él, con unas letras muy bien trazadas, *La casa de Teo* y yo, tras colgarlo en la bella puerta azul, entré y me senté frente al ordenador encendido.

Estuve ahí sentado tres horas. No escribí ni una sola palabra. Tenía la sensación de que mi verdadero yo estaba colgado en la puerta y que yo no era sino una mala reproducción suya.

Descolgué el letrero y volví a entrar, con «mi verdadero yo» bajo el brazo. Al cabo de un cuarto de hora había escrito una página.

Fue una verdad simple la que se me reveló de aquella manera. Cuando alguien comienza a *salvaguardar* la escritura, cuando se siente escritor, cuando cuelga letreros con su nombre en las puertas, es que está acabado. La escritura es como un manantial. Puedes ornamentarlo con estatuas, adornarlo con una preciosa fuente, construir alrededor del borbotón una placita y sembrarla de sicomoros. Pero nada de eso es lo que hace que el agua fluya. Es la presión desde las oscuras profundidades de la tierra la que crea la erupción del agua.

Eso no quiere decir que el escritor deba esperar de brazos cruzados a que el huevo hierva. Al contrario. Ha de trabajar continuamente, escribir y leer

para aprender a valorar a otros escritores, algo por lo que ninguno de nosotros siente natural inclinación. Ha de entrenarse en el ejercicio de la abstinencia, no detenerse frente a cada vitrina que tiene delante.

La isla era un lugar ideal para ese entrenamiento. Por las mañanas cogía mi cuaderno y me iba a la solitaria playa. La vida alrededor continuaba como de costumbre. De tanto en tanto asustaba yo a alguna lagartija, pero eso era todo.

Allí, sin más testigos que el cielo y el mar, intentaba escribir lo mejor que podía. Alguna vez lo conseguía.

Pero ahora ya no era así. Mi manantial se había secado. Ya podía yo erigir un mausoleo alrededor que no ayudaría. Mi playa había dejado de ser un lugar solitario. Cerca estaban construyendo pequeñas casitas de lujo para gente joven y opulentos enamorados y había planes para restaurantes y bares, y una sala de exposiciones y otra de cine. Además, en el estrecho entre mi isla y Fårö navegaban decenas de veleros con gente que bebía y reía y todavía eran más los que navegaban en lanchas motoras que hacían un ruido infernal, acallando así las risas de los pasajeros.

La sociedad había cambiado de orientación. Ahora se decantaba por el consumismo y la diversión. Y esto era evidente en Fårösund, nuestra pequeña aldea. Cuando en 1972 llegamos ahí por primera vez, lo que encontramos fue una comunidad funcional. Había una escuela, una biblioteca, un buen centro sanitario, un médico de planta, tres bancos, transporte público regular, tres tiendas de comestibles, y un buen hotel en cuyo restaurante organizaba sus reuniones el Club Rotario local. Había un autobús escolar para los niños que no vivían cerca, y hasta una pequeña librería.

El motor económico era un regimiento de Artillería y su correspondiente Centro de Entrenamiento, del que éramos vecinos. Debo confesar que la disciplina del ejército sueco no me impresionó. Todas las noches, junto a la puerta, había músicos que entretenían a la gente y los vehículos militares circulaban a toda velocidad por el sendero de tierra que lleva a la aldea. En total debe de haber habido unos seiscientos militares, entre oficiales, suboficiales e instructores. En Fårösund trabajaban alrededor de cincuenta civiles en las diferentes oficinas y servicios.

La mansión del capitán, que era coronel, era la más imponente de la aldea. Sólo una vez entré. En aquella época, Gotland todavía era una zona

crucial de la Defensa Nacional de Suecia y territorio prohibido para los extranjeros. No me estaba permitido transitar libremente salvo en la parcela que no tenía derecho a comprar, por lo que la compramos a nombre de mi mujer. Me hacía falta un permiso especial para circular y sólo el coronel podía dármelo. Por eso fuimos a verlo a su casa. Era un hombre muy agradable y cuando oyó que había hecho mi servicio militar en Grecia y se convenció de que no era yo ningún desertor, decidió tenerme confianza y otorgarme ese permiso que debía llevar siempre conmigo.

La vida social de la aldea se había tintado de caqui debido a la presencia del ejército. Había una jerarquía invisible que todo el mundo respetaba. Los únicos que la amenazaban eran los turistas.

Con el tiempo eran cada vez más los que compraban o construían casas de campo. La isla se puso de moda, aunque el verdadero imán era Fårö, la islita que estaba pegada. En el ferry de Estocolmo a Visby veíamos con cada vez mayor frecuencia caras conocidas de la vida política e intelectual. En una ocasión vimos al futuro primer ministro Olof Palme, que viajaba con sus hijos. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas comiendo los sándwiches que les había preparado su mujer. Ni guardaespaldas, ni coches de la policía, ni nada. Suecia en ese entonces aún era inocente, pero no lo sería por siempre.

La guerra de Vietnam despertó a mi generación. Las manifestaciones en las grandes ciudades se extendieron a las áreas rurales. En nuestra isla se inició un movimiento de paz y entre las peticiones estaba que las unidades militares fueran trasladadas a otro sitio. Nos manifestábamos con los niños sobre los hombros, hacíamos pósters y pancartas, no teníamos mayor repercusión, pero lo pasábamos bien. Era una especie de vacaciones revolucionarias, por llamarlas de alguna manera.

Una tarde, después de una de tantas marchas, llegó Olof Palme a decir unas palabras. Había leído mi primer libro de poemas y tuvo la ocurrencia de citar uno o dos de mis versos, no tanto para elogiarlos, cuanto para expresar sus ideas.

Ahora que vuelvo a ver aquellos versos me ruborizo de vergüenza, pero entonces creía en lo escrito. A veces tengo la impresión de que la vejez tiene un sentido: que alcancemos a arrepentirnos de lo que hicimos y no hicimos en la juventud. En todo caso, esa tarde Palme me hizo sentir que algo

significaban mis palabras, que mi nueva patria estaba dispuesta a escucharme.

La guerra de Vietnam terminó. La izquierda se volvió de pronto como una corrida de toros sin toro. El trayecto desde las calles de las manifestaciones hasta nuestras salas resultó particularmente sencillo. Nos encerramos en nuestras casas; nos ocupábamos de nuestro trabajo, aprendíamos a cocinar, a elegir los vinos; nos divorciábamos para volver a empezar desde el principio. Antes no había razón que nos hiciera divorciarnos, ahora nos divorciábamos por cualquier razón. De ciudadanos pasamos a ser individuos.

La recesión internacional y los fuertes gastos sociales obligaron a Suecia a implementar recortes que incluyeron un limitado desarme. Entre otras cosas, se prescindiría de la presencia del regimiento en Fårösund.

Entonces fue cuando la comedia empezó. Salimos de nuevo a las calles, pero esta vez pedíamos que no se llevaran al regimiento. Sin él, nuestra pequeña sociedad se desmoronaría. Cerrarían los bancos y las tiendas de ultramarinos, cerraría la escuela, se iría el médico, se desplomarían las rentas y los precios de las propiedades. Nuestro entonces primer ministro de defensa lo dijo con todas sus letras: «No os escuchamos cuando pedíais que se fuera el regimiento. Tampoco os escucharemos ahora». Eso dijo y así fue: no nos escucharon.

Cuando el regimiento se marchó, sucedió todo lo que nos temíamos. Aumentó el desempleo. Pero la gente no se desanimó. La aldea sobrevivió, se abrieron nuevos talleres, los edificios antes destinados al ejército fueron convertidos en hoteles, posadas, cafeterías, restaurantes, escuelas. El desempleo disminuyó. Ya no se encontraba un electricista, el turismo se incrementó, comenzaron a llegar trabajadores de otros países. Incluso el viejo aeropuerto militar volvió a funcionar y ofreció conexión directa con Estocolmo a pudientes y sibaritas. Hombres y mujeres jóvenes, al filo de la edad adulta, se inscribieron en diversas escuelas carísimas para aprender a cazar o a volar pequeños aviones privados.

Los miembros de esta antes austera comunidad protestante en Suecia se quejaban de llevar a Lutero sobre la espalda, razón por la que no disfrutaban de la vida salvo cuando viajaban como turistas a España o Grecia. «Usted sí sabe vivir», me decían, cuando todavía era yo el único griego en la aldea.

Ahora Lutero estaba olvidado. Es probable que las generaciones jóvenes

hubieran oído su nombre, pero eso era todo. Ya no lo llevaban a la espalda. Y la comunidad cambiaba, del sentimiento de responsabilidad colectiva de los ciudadanos, a la —también colectiva— falta de responsabilidad.

Aquello de «si no es aquí, por mí que llueva» que decimos en Grecia, en Suecia no iba bien porque aquí llueve en todos lados, pero esa era la actitud reinante. Rara vez una persona con responsabilidades políticas o económicas reconocía que hubiese cometido algún error, y por supuesto casi nunca pedía disculpas.

Algunas cosas cambiaron también en nuestra aldea. Los tres bancos se fusionaron en uno, como también las tres tiendas de comida se volvieron una. El autobús escolar fue suspendido y la librería cerró para siempre.

Todos los veranos aparecían nuevos cambios en el estilo de vida de Fårösund. Por ejemplo, en la relación entre la gente local y los turistas. Al principio había cordialidad, una afabilidad que fue sustituida por una desconfianza mutua. Los habitantes locales no querían a los turistas, pero sí su dinero; los turistas no querían a los locales, pero sí sus servicios.

Era un proceso paradójico. Palabras como conciencia, deber, responsabilidad, desaparecieron. Suecia había descubierto la vida despreocupada. Grecia intentaba convertirse en Suecia, y Suecia quería convertirse en Grecia. Nosotros aprenderíamos cómo organizarnos, y ellos aprenderían cómo disfrutar de la vida.

En casa teníamos el mismo problema. Gunilla intentaba que yo aprendiera su teoría de la organización. Con el tiempo entendí que la organización es la quintaesencia del modelo sueco.

«Antes de hacer una cosa, hay que hacer otra.»

Y era justamente así como ella organizaba nuestra vida cotidiana.

Algunos ejemplos. Antes de abrir una ventana, hay que quitar las macetas. Antes de poner las cosas en el coche, hay que limpiarlo. Antes de tender la cama, hay que airear las sábanas, y así sucesivamente. Nunca se olvidaba de nada.

Yo, por lo general, solía olvidar algo, aunque no fuesen cosas importantes. Mis botas, o la novela que estaba leyendo, o alguna otra cosa por el estilo. Gunilla me decía que hiciera listas. Las hacía, pero luego se me olvidaba dónde las había puesto.

Para cuando tomé la decisión de jubilarme, ya lo olvidaba casi todo. Mi cerebro era como un reloj que se había detenido en una hora equivocada.

Al abrir mis maletas me di cuenta de que había olvidado, amén de distintas prendas de ropa, el *Diccionario de ideas y conceptos* de Vostantzoglu. Ese libro me permitía seguir escribiendo en griego. Sin él me quedaría mudo. Había olvidado, también, mis notas para una idea que me estaba dando vueltas. Quería escribir de un hombre que aún vivía. Pero no había traído los datos que él mismo me había proporcionado. Estaba seguro de haberlos puesto en la maleta, pero no estaban. Saqué la conclusión fatalista de que no estaba escrito que lo escribiera. Había comenzado a sacar esa misma conclusión cada vez que olvidaba alguna cosa. Si no recordaba algo era porque no valía la pena que lo recordara.

—Qué bien empieza el verano —le dije a mi mujer.

—Ella no había olvidado nada, pero le dolía la rodilla.

—Nos estamos haciendo viejos —añadí.

No respondió. Se dirigió a sus arriates para ver cómo estaban sus plantas. Los conejos silvestres se lo habían comido todo. También habían acabado con mis flores. Sólo mis bellas rosas persas se habían salvado.

«Vaya, también nosotros tendremos que echar espinas si queremos salvarnos», murmuré para mis adentros. No me salieron espinas, pero una mañana me di cuenta de que me había salido algo como una costra en el lado izquierdo de la cabeza, un poco más arriba de la sien. Lo sentía, pero no podía verlo.

Gunilla, en cuanto lo descubrió, se pronunció.

—Es la mancha del olvido —dijo.

No lo había oído nunca. Me explicó que solía aparecer en la mayor parte de los hombres de mi edad, y que no era tan corriente en las mujeres.

Pero no era sólo eso. En la mano derecha me salió un bulto. No me dolía, pero me molestaba sentirlo ahí constantemente. Fui al médico de guardia de mi barrio. Era una mujer joven. Me tranquilizó. No era nada que ameritara preocupación. A mi edad ese tipo de cosas ocurrían, dijo. Si empeoraba, podría operarse. Por el momento no había razón para pensar en una cirugía.

Sentí alivio y me senté frente a mi ordenador a escribir. Pero no me llegaba ni una palabra. Me rascaba la mancha del olvido, y pensaba que crecía por momentos.

Por fortuna encontré cierto consuelo en la lectura de *El mundo de ayer* de Zweig. Fue su último libro. Después, se suicidó en Brasil junto con su esposa, muchos años menor que él, en 1942. Por la sencilla razón de que el mundo de ayer, el mundo que era el suyo, había desaparecido y no volvería más. Hitler lo había destruido irremediablemente.

*El mundo de ayer* es un libro excelso, escrito con un ritmo que recuerda las olas de un mar tranquilo. Zweig vivía aislado en Petrópolis, una ciudad relativamente pequeña de Brasil. No podía volver a la Europa que era suya. Y, sin embargo, cada mañana se sentaba al escritorio y escribía. ¿De dónde sacaba la fuerza?

Mi situación no era tan dramática. Yo no era un desterrado, simplemente vivía en otro lugar. No me era imposible volver a mi patria. Además, tenía hijos y nietos. ¿Acaso puede uno suicidarse y dejar atrás un legado semejante?

Quien primero llegó fue mi hija. Con su marido. Nos alegramos especialmente porque no los veíamos a menudo. Vivían a seiscientos sesenta kilómetros de nosotros, en una casa inmensa situada en una zona de preciosas y armónicas colinas, y la tierra más erótica que haya visto en la vida. Reflejaba el sol y rezumaba tanta humedad, que si sembrabas una rama seca, en una semana brotaría un arbolito. Se quedaron casi diez días y lo pasamos muy bien. En un momento en que, sin que ella se diera cuenta yo la miraba complacido, descubrí una cana en sus cabellos. ¿Cuándo pasaron tantos años?

Luego llegó nuestro hijo con sus niños y su compañera. La casa se llenó. Los nietos de inmediato hicieron amigos y se esfumaban el día entero. Nuestro hijo nos regaló un peral que él mismo sembró para sustituir al otro peral que ya había envejecido, rondaba los cien años. Los primeros años que pasamos en la isla él era el rey del jardín. Alto, frondoso, cargado de fruta, y yo adoraba hasta tal punto las peras, que no hablaba de la manzana del conocimiento, sino de la pera del conocimiento. A finales del verano, cuando las peras ya estaban maduras y las gotas de la humedad nocturna brillaban en ellas como pequeños soles, cada mañana cortaba una y la mordía con un júbilo inenarrable. El jugo se me escurría por la barba, y la boca se me llenaba con el sabor de la vida y del mundo.

Mi hijo cavaba y yo holgazaneaba inmerso en el recuerdo de mis padres. Habían estado de visita en Gotland. Mamá con sus zapatillas completamente

inapropiadas, y papá con su elegante pijama. Él intentaba enseñar griego a los niños. Ella no se ocupaba de eso. Su cuerpo entero era un idioma cargado de verbos y sustantivos.

Cuando nuestros hijos se fueron, la casa se vació. Pero no nuestros días. Comenzaron los compromisos sociales. Comíamos y bebíamos ya aquí, ya allá, brindando constantemente y entonando canciones entre un brindis y otro. Ya he escrito esto antes, pero como no todos han leído mis libros, lo voy a repetir: los griegos cantan cuando beben, los suecos cantan para beber.

Lo pasábamos bien, pero el vacío dentro de mí crecía. Los días me parecían interminables sin la escritura. Pero no podía escribir. Salía a dar largos paseos solo, iba a los lugares por los que sentía especial predilección, como el cementerio inglés en Fårö, que databa de la época de la guerra de Crimea, en 1854. Ahí están enterrados los ingleses que murieron de cólera. No lo circunda una tapia, sino gruesas cadenas, como si se temiera que los fuertes vientos provenientes de Estonia pudieran llevárselo. Los nombres ya no se distinguen en las lápidas, pero ¿qué importancia tiene?

Había días en que iba a la fortaleza de los Caballeros Españoles —estacas de hierro colocadas una al lado de la otra para impedir la entrada al enemigo— que data de la misma época. Lugares así me producen embriaguez. Es como si se abriera una ventana al tiempo. Llegaba con una cabeza y salía con otra.

Deambulaba por mi playa secreta, en la que casi siempre estaba solo, pero mi mente no se abría como antes. Veía pero no miraba. Por las tardes me sentaba en el café del pueblo y tomaba un expreso y mi pecho se henchía con una tristeza que yo no lograba entender. ¿Qué era lo que se interponía entre la escritura y yo? No lo sabía.

Amigos y conocidos me preguntaban con frecuencia por qué no tenía algo en Grecia. Les respondía de diversas maneras: que no quería hacer turismo en mi país, que no quería perder la nostalgia que suscita el destierro, que no quería poner a Grecia en un tiesto, y de otras maneras. Todo era verdad. Como también lo era la razón más importante: había encontrado a Grecia en Gotland. Tenía la misma luz y la misma oscuridad, los mismos pinos ladeados, la misma roca caliza y arenisca.

Gotland también tenía historia. No tan grandiosa ni tan antigua como la

de mi país, pero tenía su historia. Mi aldea, Fårösund, había desempeñado un papel importante en la guerra de Crimea como base naval de los ingleses y de los franceses. Había algunas construcciones de aquella época convertidas ahora en hoteles o restaurantes. Una que otra noche íbamos a cenar ahí y comíamos contemplando el mar. En pocas palabras, Fårösund me gustaba mucho.

Iban pasando los días y yo intentaba conservar mis rutinas, porque sentía que el vacío dentro de mí crecía de manera alarmante. Leía el periódico con una prolijidad pasmosa. También introducía en mi rutina uno que otro cambio. Comencé, por ejemplo, a poner la radio por la mañana, algo inaudito en mí hasta ese momento. Intenté modificar mi desayuno. Los días me parecían interminables. Tenía que añadir actividades. Iba al gimnasio de Fårösund, practicaba remo en la sala de máquinas, levantaba peso. No estaba solo, pero a la temprana hora en que yo iba, la mayoría de la gente eran jubilados, hombres y mujeres. Un día que fui más pronto de lo habitual, me encontré con una chica que era todo menos jubilada.

Me gustaría describirla, pero para ser sincero, me da miedo. A mi edad, cualquier mención a personas más jóvenes se considera por lo menos una descortesía. Sólo diré que era bella. Nada más. Ah, sí, que tenía pecas en la cara, el cabello de un rojizo dorado, y los ojos sonrientes.

—Adriana —se presentó.

—Teo.

—Sé quién eres.

Ese es el sueño de todo griego. Que la gente sepa quién eres. Me acordé de una escaramuza que había tenido mi hermano en una taberna. «Pero ¿tú sabes quién soy?», le dijo al camarero. «Sí —le contestó él—, fuiste mi maestro en Salamina.» Y mi hermano ya no supo qué hacer. Después de eso, lo pasamos muy bien.

Yo no sabía quién era ella, pero su presencia me hacía bien. Estábamos solos. Adriana hacía ejercicios complicados, jadeaba, gemía, suspiraba. Yo no me atrevía a mirar hacia donde estaba. Hacía esfuerzos por concentrarme en la luz azul de la mañana que llegaba desde el mar. Aún había jóvenes que leían libros y que sabían quién era yo, ¿qué más podía pedir?

En un momento dado, Adriana me llamó para enseñarme algo. Al fondo de la sala había una puerta que yo jamás había visto abierta. Adriana la abrió.

Allí, adentro, se distinguían con dificultad algunas máquinas viejas. Era una habitación pequeña y sin ventanas.

—El lugar idóneo para perpetrar un crimen —me dijo impasible, bajo la influencia de mis novelas policiacas.

De regreso a casa escribí una frase que me había estado rondando como un tábano.

«Los años pasan y mi sombra no hace sino alargarse.»

Quizá la recuerde mal.

Sentí un gran alivio, era como si hubiese escapado al hechizo que me había mantenido mudo. Sentí, también, la necesidad de publicarla. Pero ¿dónde? Así fue como empecé con Twitter. Me creé una cuenta, como dicen, y lancé la frase al viento.

Cinco minutos más tarde ya había diez interacciones. Aquella noche ya tenía yo cien seguidores. Me gustó. La comunicación era inmediata, no precisaba de mediadores y carecía de censura. Uno podía decir lo que quisiera.

Hasta ese momento, debo confesarlo, había visto las redes sociales con malos ojos. Pero cambié de opinión. Por supuesto que abundaban los mensajes insulsos, pero en cambio había otros que algo decían, algo me enseñaban.

Hasta Cristo, pensaba, si viviera en estos tiempos, escribiría en Twitter. «Amaos los unos a los otros.» ¿Acaso hay un tuit mejor?

Había encontrado un remedio homeopático. Escribía en Twitter porque ya no podía escribir como antes.

Así transcurrió el verano, de forma relativamente anodina, mientras la aldea continuaba cambiando.

Cuando llegamos la primera vez, tenía mil sesenta habitantes. Yo era el único extranjero. Desde entonces la población había bajado a ochocientos cincuenta y seis, pero ya no era yo el único extranjero.

Primero llegaron unos rumanos pordioseros. Luego llegaron nueve muchachos, refugiados de Afganistán. Estaban solos. Me los encontraba a menudo en el gimnasio. Ahí se volvían niños de nuevo: jugaban, bromeaban, reían. Cuando los veía en la calle, no eran niños. Eran extranjeros.

Caminaban siempre muy juntos, como protegiéndose unos a otros.

Lo recordaba de mis primeros años en Suecia. Caminaba por las calles desiertas muy pegado a las paredes de las casas, con la cabeza baja.

«Quién sabe qué vayan a escribir estos muchachos algún día», pensaba.

Poco después llegaron unos ochenta refugiados de Siria. Los habitantes de Fårösund, por lo menos una buena mayoría, reaccionaron positivamente. El mundo estaba cambiando. Todo estaba cambiando.

Todo, salvo la mala suerte que me había acompañado ese verano. Una mañana me di cuenta de que los ratones se habían metido en el coche y habían roído la manguera del diésel. «Vaya suerte la mía», pensé.

Ocurrieron más cosas. Mi ordenador se autodestruyó. De pronto, cuando estaba yo entretenido jugando una partida de ajedrez, todo se borró y la pantalla se pintó de azul. Ni siquiera podía apagarlo. Y ahí dentro estaban cinco años de mi vida. Textos, fotografías, direcciones, cartas. Afortunadamente había hecho copia de la mayoría de los documentos en un disco externo. Me tomó dos semanas de pesadilla volver a organizar mis archivos. Pero lo peor fue que por poco incendio la casa. Olvidé una cacerola sobre la hornilla encendida. Por fortuna también había olvidado cerrar la ventana y echarle llave a la puerta. De modo que el vecino, en cuanto vio salir el humo por la ventana, pudo entrar y salvar la casa.

¿Qué me estaba ocurriendo?

¿De qué dios había despertado la ira?

Una tarde, a finales de agosto, cuando las aves habían comenzado su migración, vi a una de ellas completamente sola. Había perdido a su bandada. Con todo, seguía su viaje en el cielo solitario. Llevaba la dirección en su interior.

¿Tendría yo alguna dirección en mi interior?



Sin ser consciente de ello, pensaba cada vez más a menudo en Grecia. ¿Quizá ahí radicara el problema? ¿En que cada día que pasaba perdía algo más de mi país? Era algo que había observado en otros emigrantes. Fuera de su patria se marchitaban. Aparentemente sin razón. Eran personas de éxito, tenían una vida bien cimentada, la mayoría poseía alguna propiedad en su lugar de origen e iban a pasar allá el verano. Pero no bastaba. Y en un momento dado, volvían.

«Ven, tenemos todavía muchos bellos paseos por dar.» Eso me había dicho María en una ocasión. Quizá ahí radicara el problema. En los paseos que no había dado en Atenas.

Las cosas se habían ido concatenando de tal manera que en ese momento el piso de mi madre no estaba alquilado. ¿Volvería a presentarse la oportunidad de regresar a la casa de la que me había ido?

Se lo dije a Gunilla. La idea le gustó. El piso lo administraba mi hermano Stelios. Prometió mantenerlo desalquilado para que lo ocupáramos nosotros.

Diez días más tarde, a mediados de septiembre, aterrizamos en Atenas. Eran las diez de la noche. De mi maleta, ni rastro. La cinta que entregaba los equipajes se detuvo. Estaba a punto de dirigirme al mostrador de equipajes extraviados cuando la cinta volvió a ponerse en movimiento. Y mi maleta apareció. Sola. Me dio la impresión de que se estaba burlando de mí. Por primera vez en mi vida odié una maleta.

—Suertudo —me dijo Gunilla.

¿Qué le podía contestar?

Una de las características más hermosas del aeropuerto de Atenas es que jamás faltan taxis. Metimos las cosas en uno y estábamos a punto de arrancar,

cuando Gunilla preguntó por mi maleta. La había olvidado en la acera. Afortunadamente ahí estaba todavía.

—A la plaza Gyzi —le dije al taxista.

Hacía años que no daba esa dirección. Desde que murió mamá. Ahí vivía. Ahí murió. Y ahí nos dirigíamos ahora Gunilla y yo. En el taxi hablábamos de mis padres, del pijama dorado de mi padre y de los *kurambiedes* de mi madre.

La niebla que había dentro de mí comenzó, de alguna manera, a disiparse.

Después de pagar el taxi creí haber metido la cartera en el bolsillo, pero no la había metido en ningún lado. Se me había caído en la acera, con todo el efectivo dentro. Por fortuna el taxista se dio cuenta y me la devolvió diciendo: «Tiene suerte de que sea yo...».

Gunilla se estremeció.

—Uno de estos días acabarás perdiéndome a mí. ¿Estás enamorado? — me soltó.

Ojalá lo estuviera, pero no lo estaba. Me burlaba de cosas así. A mi edad uno ya no se enamora, decía ufanándose de mi sensatez.

En el apartamento nos estaba esperando Stelios para darnos las llaves y algunas instrucciones de cómo encender el calentador de agua y cosas por el estilo. Había tenido, además, la gentileza de poner en la nevera algo de comida para el desayuno. Después se fue apresuradamente porque no se sentía bien.

Nos quedamos solos. Miré a mi alrededor. La mesa de la cocina, la cama matrimonial de mamá. No sabía qué esperaba sentir cuando entrara, pasados diez años, en aquellas dos habitaciones. Pero no sentí nada. Deshicimos rápidamente las maletas y bajamos a la plaza. Todas las tiendas estaban abiertas. Dimos una breve vuelta para desentumecer las piernas antes de sentarnos a comer. Los dos echábamos de menos los mismos sabores. Feta, acelgas y pescadito frito. No había el pescadito frito que queríamos. Tampoco vino resinado. Mi mujer no lograba entenderlo.

—Que no haya pescaditos, se entiende, pero... ¿y la retsina? Una Grecia sin retsina es como un abrazo sin beso...

Un abrazo sin beso es todavía peor, pensé, pero dije algo distinto. Dije que no sentía nada. Movié la cabeza.

—¿Qué esperabas sentir?

—No sé. Algo. Que algo se despertara en mi interior. Tener un pensamiento o un recuerdo. Algo. Pero nada.

—Quizá no sea el momento todavía. Yo, de cualquier modo, estoy contenta. Mañana por la mañana tomaremos el café en el balcón. Ten paciencia.

La circulación alrededor de la plaza había disminuido. Era pasada la medianoche. La panadería cerró. El camarero llegó con la cuenta.

—¿Va bien el negocio? —le pregunté.

—¿Bien? —me respondió.

Y sí, la verdad es que había más gatos que clientes. Esmirriados, inquietos, te miraban esperando que les cayera algún bocadito. Mi mujer les dio algo. Llegaron más.

Era tarde, pero no para los atenienses. Unos cuantos clientes, una que otra parejita de enamorados en las bancas. Oíamos distintas lenguas. No pude no pensar en mi adolescencia debajo de esos mismos árboles. Me acordé de algo que había dicho Philip Roth en una entrevista: «Uno no puede escribir cuando los recuerdos lo abandonan».

Lo entendía perfectamente, ese era también para mí el problema. No había olvidado nada, pero los recuerdos ya no me calaban. Habían comenzado a transformarse en viejas fotografías. Yo mismo me iba pareciendo cada vez más a una vieja fotografía de mí mismo.

Miré a mi mujer. Se estaba bebiendo las últimas gotas que le quedaban de vino, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás. Vi su cuello, perlado de sudor. De pronto un relámpago atravesó mi mente. Gunilla acababa de dar a luz a nuestro primer hijo. Lo tenía entre los brazos y le sonreía bañada en sudor. «Esto es algo que volveré a hacer», me dijo.

No lo había olvidado ni lo olvidaría jamás.

Llevábamos viviendo juntos desde 1968 y aquella noche, en la plaza Gyzi, entendí lo que eso significaba.

A la edad que tengo, es maravilloso estar al lado de tu compañera de toda la vida.

—¿No te vas a fumar tu cigarrillo? —le pregunté.

Hace años que se fuma un pitillo al día. Por la noche, después de cenar. Sólo uno. Mi padre, desde que lo recuerdo, se bebía un solo vaso de vino

tinto al día. Uno. Jamás dos. Admiro a ese tipo de personas, pero también les tengo un poco de miedo. Qué tenacidad se ha de tener para mantener una promesa que podría romperse fácilmente sin recibir ningún reproche.

—Me lo fumaré en el balcón de mamá.

Incluso para mi esposa, el balcón de mamá, a diez años de su muerte, había adquirido vida propia. Habíamos pasado tantas horas en él, habíamos bebido tantos cafés, tantas veces nos había leído la taza... Pensaba en eso reiteradamente con la esperanza de que algo en mí se despertara. Pero no, nada.

En otras ocasiones, cuando llegaba a Grecia lo sentía en el momento mismo de bajar del avión. Mis pulmones se expandían y, junto al olor a queroseno, aspiraba el país entero. Pero en esa ocasión, nada.

Tenía constantemente la sensación de encontrarme en un país equivocado, de estar en un lugar erróneo. Y todo esto estaba en relación con mi imposibilidad de escribir. Había perdido mi peso específico, mi capacidad de mantenerme a flote.

Lo mismo me había ocurrido en Suecia durante el último tiempo. Si alguien entraba en una sala donde hubiese cien personas y veía a un hombre delgado de pie en un rincón, ese era yo. De pronto, estando en medio de un grupo de gente a la que conocía y estimaba, se apoderaba de mí una peculiar necesidad de huir.

Quizá finalmente ese sea el precio de vivir en un país extranjero. No es sólo que vives una vida distinta de la que dejaste atrás. Es que la vida en el extranjero te vuelve extraño.

¿Quién o qué rompería el hechizo? ¿Quién o qué volvería a hacer de mí aquello que siempre quise ser: un ser humano entre seres humanos?

Algunos meses antes había recibido un email de Molaoi, mi pueblo. Lo firmaba la directora de la escuela secundaria. Yo había oído su apellido, pero no recordaba ni cuándo ni cómo. Posteriormente me enteré de que el pueblo le debe a su padre los preciosos eucaliptos sembrados en el camino que lleva a Monemvasía. La cuestión que se me planteaba era muy concreta e inesperada. Los maestros de la escuela habían pedido a las autoridades del Ministerio que se diera al colegio mi nombre. ¿Daba mi autorización? Ella no veía motivo ninguno por el cual yo pudiera estar en desacuerdo, pero uno de

sus colegas había dicho: «Habría que preguntarle al hombre, muchachos. A lo mejor no quiere».

El hombre quería y mucho. Confieso que no esperaba una cosa así. Molaoi y sus habitantes ya me habían honrado. Le habían puesto mi nombre a una calle que, desgraciadamente, yo no había visto sino en fotografías.

Pensaba en mi padre, que había sido maestro en el pueblo. «Nada de rendirnos», solía decir. No se enteraría de la noticia, pero a mí nadie me impedía imaginar su felicidad y su orgullo. «Nada de rendirnos», decía. Estaba muerto, no olvidado.

Quise ver mi calle. Pensaba en algo que en una ocasión me dijo una querida amiga que ya no vivía: «Tú correrías a la horca si te prometieran ahorcarte con honores».

No andaba errada. Los honores no me incomodaban. Al contrario. Por eso escribía. Para que en mi pueblo hubiera una calle con mi nombre, para que hubiera una escuela con mi nombre, para seguir existiendo. Lo que, por otro lado, habían hecho escritores y artistas hasta hace muy poco, hasta antes de que se impusiera la era de la inmediatez. La eternidad ya no está de moda.

Grecia atravesaba por momentos críticos, como tantas veces en el pasado. La ocupación alemana, la guerra civil, la dictadura, la emigración masiva. Estas experiencias habían moldeado a mi generación. Quien más quien menos, todos teníamos muertos que llorar, injusticias que nos amargaban, sueños olvidados que se habían quedado empantanados en nuestras almas. Pero nada podía compararse con el empobrecimiento moral de los últimos años. Grecia era ninguneada cotidianamente. Antes sufríamos, pero la razón estaba de nuestro lado y la gente nos tenía simpatía. Ahora veía en periódicos extranjeros caricaturas y dibujos del mismo tipo de los que había publicado Goebbels en tiempos de la Ocupación.

Mi alma sangraba.

Me acordaba de mi padre.

«No conquistamos la libertad para ser esclavos de nuestras costumbres.» Eso nos decía cuando intentaba hacer que dejáramos de fumar, por ejemplo. No lo logró. Por el contrario, arrastramos a nuestra madre que, de tanto en tanto, se fumaba un cigarrito.

Pero en esta ocasión Grecia no sólo pagaba sus malas costumbres, se vendía para no perderlas.

El Ministerio de Educación tardaba en decidir sobre el nombre de la escuela y yo lo entendía.

¿Quién tenía tiempo para dedicarse a eso? De cualquier manera, me dijeron, en la escuela les daría gusto verme. Los alumnos leían mis libros. Ese verano, además, representarían una tragedia de Esquilo.

«Estimado extranjero», así se dirigía a mí la directora, a la que yo no conocía, en uno de sus emails. Y terminaba: «Si no por otra cosa, por lo menos venga para oír buen griego».

Su mensaje me sonó a profecía. Me centró. De modo que prometí ir al pueblo a mediados de septiembre.

Me acosté al lado de mi mujer en la cama en la que había muerto mi madre, sin el menor empacho. «Me he vuelto totalmente insensible», me susurré a mí mismo.

Mi mujer leyó un poco como hacía siempre, luego apagó la luz. En la oscuridad me dio un beso etéreo y nos deseamos buenas noches.

Todo era como de costumbre, pero nada era igual.

A la mañana siguiente me despertaron las palomas que zureaban como motores que no podían arrancar. Eran las cinco de la mañana. Fui a la cocina, preparé el café y salí al balcón mágico de mamá.

Me acordé de cuando fui a visitar a Yannis Ritsos a su apartamento, poco después de la caída de la dictadura. Hablamos sobre todo de la traducción al sueco de sus más recientes poemas. La mayoría los había escrito en Leros, como exiliado político. Vivía en un barrio popular detrás de la estación de Lárissa, la estación ferroviaria en la que mucho tiempo atrás yo había iniciado el viaje a mi futuro. Ritsos vivía en el tercer piso, si no recuerdo mal. A través de la ventana abierta se oían los trenes, gritos infantiles en el patio de una escuela, coches, vendedores ambulantes... Sobre todo uno, que pregonaba con voz estentórea: «Todo lo mato, a todas las cala mi cuchillo». Me asusté con aquel belicoso vozarrón, pero Ritsos me tranquilizó: «Es el frutero —me dijo—. Va a cortar sus sandías». «¿No le molesta?», le pregunté. No, no le molestaba. Es más, le gustaba salir al balcón y ver y oír el despertar de la ciudad.

Esa era la hora de la poesía. El alba. El amanecer. El resto del día era para los prosistas. No me lo dijo él, fui yo quien lo pensó en el balcón de mamá.

Quizá debería volver a empezar desde el principio. Volver a encontrar ese primer amanecer.

Aprendí mucho de ese encuentro. Mucho lo he olvidado con los años. Pero hay un momento que aún resplandece en mi memoria: «Maestro, ¿está seguro de que así se dice en griego?», me atreví a preguntarle tras varios instantes de duda.

No se lo tomó a mal. Me miró pensativo y me dijo: «No lo dice el griego. Lo digo yo».

¡Qué confianza en uno mismo hay que tener para responder de esa manera! No sé si alguna vez la he tenido, pero si la tuve, la perdí cuando empecé a escribir en sueco, siempre dubitativo, siempre inseguro, siempre temeroso de haber cometido un error, de haber dicho algo que no se decía así. Con esa espada de Damocles pendiente siempre sobre mi cabeza, he escrito a lo largo de más de cuarenta años. Y cuarenta años más que escribiera, seguiría sintiéndola encima.

¿Qué pasaría conmigo si escribiese en griego?, me preguntaba. ¿De qué me acordaba?, ¿qué había olvidado?, ¿qué se había desvanecido ya para siempre? Tenía la sensación de que me sería más difícil redescubrir mi lengua que seguir escribiendo con la inseguridad de la lengua extranjera.

Ritsos me regaló un canto rodado sobre el que había escrito un verso cuando estuvo exiliado en Leros. Era poeta, no había podido dejar de decir lo que tenía que decir. Yo cuidaba de ese canto rodado como la niña de mis ojos. Pero en la última mudanza, cuando dejé mi guarida de lobo, se perdió. Fue como una advertencia: «La lengua griega ya no es para ti».

En eso estaba pensando cuando Gunilla se levantó con los ojos llenos de brillo y las mejillas arreboladas. Llevaba puesta su bata azul celeste, que le quedaba mejor que la roja.

Servimos el desayuno en el balcón. Nuestro vecino de al lado conversaba tranquilamente con el vecino de enfrente. Nos tomamos el café en compañía de sus voces.

Un par de horas más tarde tomamos otro café en la plaza. Los niños, en la zona de juegos, estaban desatados. Alguna vez yo también jugué así. Pensé en mis amigos. En Diamantís al que llamábamos «Galpón», porque el pelo le crecía desde la frente y le caía sobre el rostro como una lámina de metal. En

el otro Diamantís, que siempre era el portero y al que llamábamos «Tigre». En Karakatsanis, que era el jefe eterno de todos los equipos y de todos los juegos. En Bulis, que no servía ni para portero. En Kostakis y sus regates. Me di cuenta de que me acordaba de mis otros amigos también, pero no de sus nombres ni de sus moteles. Porque casi todos teníamos un apodo. Podría encontrarlos. En alguno de mis libros había hablado de ellos. Pero ¿qué sentido tenía?

El olvido es parte de la vida.

A mi lado, Gunilla escribía sus postales.

Me acordaba de las niñas del barrio. De las niñas y de sus nombres. Las tres Marías, Elpida, Elefteritsa, Ismini. Vivían en mi interior, en un prado propio, como flores vivaces.

¿Dónde estarían en este momento todas esas personas? ¿Qué harían? ¿Serían felices? ¿Quiénes seguirían vivos y quiénes no? Me gustaría encontrarlos a todos de nuevo, pero ¿cómo?

También la plaza había cambiado. Los cafés de entonces se habían vuelto cafeterías. La fonda había cerrado hacía ya mucho. El peluquero con su bigotito bien recortado había muerto. Siempre que estaba yo en Atenas iba a cortarme el pelo con él, única y exclusivamente para verlo coger la tijera como si fuera un instrumento musical.

Yo quería que todo siguiera siendo como antes. Ese es uno de los dramas del expatriado. Sueña con volver a lo que dejó. Pero eso ya no existe más que en su empañada memoria.

—No se puede volver.

Mi mujer me miró inquieta.

—Estás hablando solo.

Lo negué.

—Y encima estás llorando. ¿Por qué lloras?

—No lloro.

Y, sin embargo, lloraba sin darme cuenta. Mis ojos estaban llenos de lágrimas.

*No se puede volver.*

Era un pensamiento fugaz, pero algo me alivió. Un año antes había escrito la novela *Siempre volveré*. Seguramente había llegado el momento de

escribir la continuación: *Siempre me iré.*

Al cabo de poco, dimos una vuelta por Pevkaki, el bosquecillo que está cerca de la antigua Academia Militar, que ahora alberga los Juzgados. Lo que más me sorprendió fue el olor. Recordaba el aroma de la resina, ligero y lleno de luz, omnipresente pero no intrusivo, como una caricia fugaz.

Ahora olía como huelen los viejos retretes de los pueblos. Un hedor pestilente, asfixiante, que hizo que nos tapáramos la nariz con las manos. Había periódicos viejos por todos lados, trazas de los vagabundos que pernoctaban ahí, griegos y refugiados de otros países. Latas de conserva abiertas, jeringas usadas y condones.

La crisis económica del país era visible en toda su desnudez. Perros callejeros, unos atemorizados y otros rabiosos. Gatos que rebuscaban en la basura.

Las pocas personas que tomaban el atajo por el bosquecillo para ir a los Juzgados, caminaban a toda prisa. Aquí y allá, grupos de gente, por lo general varios hombres y una, casi siempre sólo una mujer. Los reconocía. Los había visto en las plazas de Estocolmo. Los drogadictos, los vagabundos, los alcohólicos compartían un cigarrillo, una botella de vodka o una jeringuilla. Y de pronto, o bien un hombre y la mujer, o bien dos hombres y la mujer, o algunas veces todos juntos se metían en el baño, cerraban la puerta y luego se oían gritos que dependían de lo que estuvieran haciendo. O se golpeaban unos a otros, o golpeaban a la mujer o abusaban de ella uno tras otro. Todos lo oíamos. Los niños pequeños que jugaban en el área infantil, los transeúntes, incluso los vigilantes. Nadie hacía nada.

La pobreza, incluyendo la pobreza extrema, no me era desconocida. Desde niño la había visto en las barracas del Polígono donde vivían los refugiados griegos del mar Negro y de Asia Menor. Eran paupérrimos, pero tenían su dignidad, como decía mi madre. Eran limpios, se aseaban a diario, no se veían dejados, su miseria no era repulsiva.

Ahora se había vuelto repulsiva, tanto en Pevkaki, mi barrio ateniense, como en la plaza de mi barrio en Estocolmo. Se había declarado una guerra contra estos seres humanos y yo no me había dado cuenta.

Los pobres habían dejado de ser personas, para convertirse en un problema. Lo mismo hizo el nazismo con los judíos, los comunistas, los homosexuales, los gitanos y muchos otros.

En otro tiempo pensaba que cada persona ha de ser responsable de su vida. Eso exigía de mí mismo y de los demás. Me asombraba de que hubiese personas que se permitieran caer tan bajo.

Estaba equivocado y ahora lo veía. Pedía responsabilidades de alguien que se ahogaba porque no sabía nadar, en vez de condenar a quienes podían ayudarlo y no lo hacían. Y uno de ellos era yo.

Me puse de malas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Gunilla.

—Qué no me pasa —le respondí.

Avanzada la tarde fui a comprar pistachos de Egina, los mejores que existen. Me dirigí a la tienda de siempre, especializada en frutos secos.

Pero el amable viejecillo, el dueño de la tienda, no estaba allí. Una mujer delgada, de edad indefinida, lo había reemplazado. Tenía el cabello rubio y unos ojos pizpiretos. En cuanto me vio se puso a gritar:

—¡Bienvenido sea el gallardo mancebo!

Era un poco exagerado, pero no puedo decir que me haya disgustado su saludo. Iba por unos pistachos, cuestión de tres minutos. Me quedé casi una hora. Me contó su vida entera. Había emigrado a Estados Unidos, había tenido veinticinco empleos distintos para poder casar a sus cuatro hermanas menores. Las había casado a todas, pero ella seguía soltera. Su padre, que agonizaba en Grecia, la presionaba para que contrajera matrimonio. «Si no te casas, la tierra no me recibirá, no me convertiré en polvo», le decía.

De modo que regresó de Estados Unidos, conoció a quien sería su marido, se casó, su padre murió y con toda seguridad la tierra lo recibió.

Ahora tenía ochenta y dos años y aparentaba sesenta.

—¿Cómo lo consigues? —le pregunté.

—Porque eso es lo que quiero.

—¿Es decir?

—Creo en Dios, en la familia y en el descanso. ¿Tú sabes descansar, gallardo mancebo? Bah, no lo creo.

Sus planes eran trabajar hasta cumplir los ciento dieciocho años.

—No pienso dejar que me quiten la tienda esos rufianes.

Y señaló a un grupo de ancianos que estaban sentados en el café de

enfrente.

—Están esperando a que mi marido se muera para quedarse con mi negocio. Pero esperan en vano. Aquí me voy a quedar hasta los ciento dieciocho. Es justo que disfrute de mi jubilación un par de años antes de cumplir los ciento veinte.

—¿Y qué vas a hacer?

—Le voy a dar la vuelta al mundo. No para tener aventurillas y zonzadas, sino para oler la tierra de norte a sur y de este a oeste. Quiero saber a qué huele el mundo.

—¿Y luego?

—Luego. Luego no existe. Luego me moriré contenta.

Compré mis pistachos, me invitó a un trago de aguardiente y nos despedimos.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —me preguntó Gunilla cuando entré en casa.

—Aprendiendo que la gente no se rinde.

A la mañana siguiente fuimos a recoger el coche que habíamos reservado, y por supuesto no nos dieron el que habíamos elegido, un Volvo 40, sino un Nissan. No dije nada, porque esa conversación la he tenido ya muchas veces. Todas las oficinas de alquiler de automóviles incluyen en el contrato la siguiente cláusula: «un Volvo 40 o algo similar». Y cada vez que he protestado se me ha informado de que el «algo similar» se refiere a la potencia del motor.

—Pero yo estoy alquilando un coche, no un motor —les he dicho, momento en el cual me han señalado la cláusula.

Mejor dejarlo correr. También el Nissan era un buen coche, sólo que automático. El empleado, que se movía con una parsimonia majestuosa, nos entregó el coche como si estuviera poniendo en nuestras manos un Jaguar. Nos subimos y nos pusimos en marcha. Al principio todo iba bien. Pero al cabo de pocos minutos, Gunilla me hizo notar que el coche no cambiaba de velocidad. Hiciera yo lo que hiciera, no reaccionaba. Nos deslizábamos hacia el centro de Atenas a cinco kilómetros por hora. A derecha e izquierda me maldecían y me insultaban, me llamaron «viejo de mierda» y otras finezas por el estilo. Los motoristas me rebasaban como alma que lleva el diablo y

los camioneros bocineaban empecinadamente.

En otra época eso me divertía. Devolvía los improperios, les decía que eran unos malfollados y hacía reír a mi mujer. Pero en esta ocasión las cosas estaban yendo demasiado lejos. Con mil dificultades logré encontrar un lugar donde aparcar, llamé por teléfono a la oficina, me contestó el mismo ser parsimonioso y me informó de que no era yo el primero en padecer tal calamidad, había habido otros, y que el problema se solucionaría moviendo la palanca de velocidades de derecha a izquierda para que las velocidades automáticas se activaran. Le costó contener la risa y yo le dije a mi mujer: «Oye, Gunilla, ¿volvemos y lo estrangulo al imbécil?», y la hice reír, porque para ese momento ella también ya estaba de mal humor.

«¿Cuándo irán a sentar cabeza los griegos?», me pregunté, como si yo no fuera griego.

Las cosas se calmaron ligeramente cuando tomamos la autopista a Eleusis, aunque para mí aquel era siempre un momento crítico. Ahí se acababa Atenas. Así lo había sentido desde niño. Más allá de Eleusis comenzaba el Peloponeso, mi tierra natal, mi lugar de nacimiento. Luego estaba mi pueblo, el corazón de mi tierra natal, la cuna de mis anhelos y mis sueños.

Mi mujer se había sumergido en la revista *ELLE*.

Ahí, en Eleusis, yo había hecho parte de mi servicio militar. Y todavía me acordaba de los interminables atardeceres en el cuartel, mientras en las colinas aledañas anocheecía con mayor lentitud que en cualquier otro lugar. Se lo había comentado a mi amigo Kostakis.

«Ah, esa Eleusis. Ahí descuartizaba Procrusto. Ahí lloraba Deméter. ¿Cómo va a caer la noche en Eleusis?»

No olvidé jamás esa respuesta.

Antes, en todos nuestros viajes, le contaba a Gunilla anécdotas del servicio militar. Estuve a un tris de enloquecer en el cuartel debido a la monotonía y la opresión. Ahora, en cambio, aquello me pareció algo muy lejano, como si ya no tuviera que ver conmigo. Además, Kostakis había muerto, aquel muchacho enloquecido que me había enseñado a dibujar a Tarzán y a quien primero oí hablar de la Materia Oscura.

¿Qué podía decir? Y así, no dije nada.

Yo era extranjero en el país de mi esposa y ella era extranjera en el mío.

¿Quizá fuera nuestra mutua condición de extranjeros la que había hecho que nos acercáramos tanto? Me parecía absolutamente natural tenerla a mi lado. No sé cómo decirlo de otra manera.

Si esta iba a ser la última vez que yo vería mi pueblo, Molaoi, quería que Gunilla estuviera conmigo. Sólo ella había compartido mi vida en el extranjero. Los demás la conocían únicamente por mis libros. Ella era el único testigo presencial. De reojo la veía leer mientras con dos dedos se metía el lóbulo de la oreja en la concha, como hacía siempre. Quería decirle algo, pero no lo dije. Ella ya sabía lo que yo quería decir.

Unas horas después llegamos a Epidauro. Son pocos los lugares en el mundo que amo tanto. A pesar de que a Gunilla le dolía la rodilla, y a mí me costaba respirar, subimos. Ella, cojeando y yo con la lengua fuera, llegamos hasta la última gradería del teatro. La recompensa por nuestro esfuerzo fue inmediata. El teatro se abrió como una flor gigantesca frente a nuestros ojos. Un coro de mujeres de edad mediana estaba cantando en el escenario, y apenas terminó, los otros turistas les aplaudieron. Yo hice lo mismo, como si fuera turista en el país que alguna vez fue mi patria.

Había un grupo de estudiantes polacos sentados cerca de nosotros. Se comportaban con suma amabilidad y respeto entre ellos y con los demás también, incluido un perro desfallecido que estaba echado con la lengua fuera. En cuanto lo vieron, se pusieron a hablarle, y el perro no permaneció indiferente. Empezó a mover la cola y a jugar con ellos. Se echaba sobre el lomo con las patas al aire, o rodaba y se quedaba de panza al suelo, o se metía entre las piernas de los muchachos, haciendo siempre alguna monería.

—¿Por qué hace todo eso? —le pregunté a mi mujer.

—Porque quiere que lo acaricien.

¿Cómo no me había dado cuenta yo de ese truco a lo largo de todos estos años? Gunilla tenía razón. Para el perro todas las caricias eran pocas, corría de un muchacho a otro, y se pegaba sobre todo a un joven rubio a quien sus amigos llamaban Leopold. El perro representaba tan extraordinariamente bien su papel que de pronto se me ocurrió pensar que la Organización Griega del Turismo lo había contratado. Un actor de cuatro patas en el teatro más bello del mundo.

Todo para los turistas. Grecia ha dejado de ser un país para convertirse en un centro turístico. Hasta los cuadrúpedos representan un papel.

Oculté mi mal humor porque en ese momento Gunilla me estaba tomando una fotografía.

De la Antigua Epidauro fuimos a la Nueva Epidauro. Tiendas con letreros en inglés, restaurantes que ofrecían pizzas y comida china. Gunilla compró más tarjetas postales. Comenzaba a apretar el calor. Al final de la playa, un grupo de cerca de cuarenta personas que se había sentado en la taberna de Mike, discutía a voz en cuello lo que comerían.

—Tranquilos, no es más que una comida —dijo un hombre magro que llevaba puesta una gorra color paja.

—Tú cállate —lo mandaron al cuerno algunos de los comensales.

Eran griegos jubilados. Todo aquello hacía crecer dentro de mí la distancia entre lo que yo buscaba y lo que iba encontrando.

Grecia había cambiado sin preguntarme.

Las diferencias de clase eran todavía más marcadas de lo que yo recordaba. Los antes ricos, ahora eran todavía más ricos, y los antes pobres, ahora eran más pobres. En el pequeño puerto de la Nueva Epidauro veías yates, veleros y otras embarcaciones de recreo. En los terrenos que tocaban al mar, mansiones, y en cuanto comenzabas a alejarte, chabolas. Afuera de los restaurantes caros había aparcados coches de lujo. Un poco más lejos, frente a las tabernas populares, lo que se veía eran ciclomotores.

No quiero alargarme al respecto. Soy extranjero desde hace cincuenta y cinco años, he perdido el derecho a opinar. Pero la Grecia que yo recordaba ya no hallaba eco en mi interior. Al contrario. Se estaba perdiendo.

Además, yo también había cambiado. Ya no era el joven griego de veinticinco años que se había ido a Suecia. Era el griego setentón que se había quedado en Suecia desde hacía más de medio siglo.

Aun si llegara a encontrar la Grecia que había dejado, quizá ya no me gustara.

Esa noche nos quedamos en Nauplia. El hotel se llamaba Grande Bretagne y era particularmente agradable. Como es natural, se oían todas las lenguas europeas. Griego, sin embargo, no. En el pasado, consideraba un cumplido que me dijeran que no parecía yo griego. Ahora ya no, sobre todo si no me dejan hablar mi lengua.

Nos instalamos en nuestra soberbia habitación con muebles de otras

épocas y hermosas lámparas cuya cálida luz evoca el color del cielo poco después de la puesta de sol. Gunilla eligió su lado en la enorme cama matrimonial, tan grande que podrían caber dos más además de nosotros.

—A ver si tenemos que hablarnos por el móvil —me dijo.

Después salimos a dar una vuelta por la ciudad y pasamos frente a una heladería italiana. El chico de la caja me saludó en italiano. Le respondí en griego, pero él en sus trece. No me gustan los helados. Me da frío sólo de verlos. En cambio, mi mujer los adora. En ese momento, ayudada por los dos jóvenes empleados que hablaban francés, estaba tratando de decidir qué sabor elegiría.

Después del chasco con el chico italófono de la caja, no volví a abrir la boca.

Al cabo de un rato nos sentamos por ahí a tomar un café, y la escena de la heladería se repitió. Yo me dirigía al joven camarero en griego, y él me respondía en inglés.

Hubo un momento en que perdí la paciencia y le dije:

—Hablo un poco de ruso, por si se tercia.

—Y yo también —me respondió en ruso.

El restaurante en el que nos sentamos a comer lo elegimos por una sola y única razón: no había música. Pero todavía nos esperaba una sorpresa. El camarero hablaba sueco y bastante bien. Enseguida hizo buenas migas con mi esposa, y le explicó que se había ido de Suecia porque «puede que nuestra Grecia tenga todos los problemas del mundo, pero en ningún otro lugar la vida tiene esta dulzura». Le pregunté si me permitía poner sus palabras en mi cuenta de Twitter.

Nos atendieron espléndidamente, lo que por supuesto se reflejó en la cuenta. El camarero no estaba del todo equivocado. La vida en Grecia es dulce, pero sin dinero es amarga y miserable. Yo había conocido esa vida y por eso me había ido de Grecia. Por la misma razón no me había ido de Suecia.

«Me importa un bledo la dulzura de la vida. Lo que quiero es dignidad. Sin ella, hasta la miel es amarga», pensaba.

—La dulzura de la vida es la religión de los griegos —le dije a mi mujer.

—¿Y qué quieres que hagan? —me preguntó.

Debo confesar que a eso no tenía nada que responder. Encima, la comida estaba de rechupete.

Volvimos al hotel y Gunilla se fumó su cigarrillo del día mientras contemplaba la fortaleza de Burtzi desaparecer en la oscuridad. De una manera similar, también yo desaparecía en mi total no pertenencia. Ya ni siquiera era capaz de hablar mi lengua en mi propio país.

A la mañana siguiente me desperté en medio de un milagro. Estaba despuntando el día y la bruma sobre el mar se levantaba poco a poco, las altas montañas iban adquiriendo de nuevo su volumen. Era como si estuviera presenciando la creación del mundo desde los asientos para los privilegiados.

Me calcé mis alas —mis zapatillas Nike Air— y rodeé la roca desde donde se domina la ciudad. Estaba absolutamente solo. Y de pronto oí voces del lado del mar. Eran dos pescadores, al parecer viejos amigos, porque el uno le preguntaba al otro con toda naturalidad:

—¿Vamos al entierro de Kostas?

También mi Kostas había muerto y estuve a punto de gritar: «¿Puedo ir con vosotros?».

Pero no lo hice. Lo que hice fue apoyarme en el pretil y fingir que estaba descansando, mientras veía a los pescadores balancearse en su barquita sobre las olas serenas de aquella mañana como si fueran dos cisnes con gorra.

*Nada vale más que un amigo.*

Nuestra siguiente parada era Mistrá. Yo quería enseñarle a mi mujer esa joya. Fue construida en lo alto de una de las abruptas cimas del monte Taigeto en 1229 por el soberano de Morea, el príncipe Guillermo II de Villahardouin. Y de fortaleza pasó a ser un centro cultural. Lo llamaban «La Florencia de Oriente». Ahí dio comienzo el redescubrimiento de Platón, y sus obras empezaron a traducirse al latín.

Quizá yo peco de meticoloso, pero mi mujer no se queda atrás. Quería enterarse de todos los detalles y a mí me gustaba contárselos.

Por desgracia no pudimos visitar el castillo ni toda la ciudad. Le dolía la rodilla. Yo la había recorrido tiempo atrás con mi hijo, cuando aún era pequeñito. Recuerdo que me hizo una pregunta muy oportuna: «Papá, ¿qué tenían que hacer aquí los franceses?».

Pues sí, qué tenían que hacer aquí.

Fuimos hasta donde podía llegar el coche. Después dimos una pequeña vuelta para estirar las piernas. El valle del río Eurotas, en todo su esplendor, se desplegaba frente a nosotros.

No había pasado mucho tiempo cuando apareció un perro que ladró sin convicción, sólo para salvar las apariencias. Después apareció su dueño, un hombre delgado que rondaría la cincuentena, sin rasurar, vestido con ropa vieja y remendada.

En cuanto le dije que veníamos de Suecia, cortó unos cuantos higos de una vetusta higuera pecadora, y se los ofreció a Gunilla.

Ese gesto me era tan familiar, que por primera vez durante el viaje algo se despertó en mí.

Regla número uno: Al extranjero siempre se le ofrece alguna cosa. Unos higos, un vaso de agua, un racimo de uvas, algo que lo refresque.

Se me ocurrió pensar que eso era la dulzura de la vida en Grecia. Una mano que da. De persona a persona. De extranjero a extranjero.

Recuerdos muy antiguos afloraron a mi mente. Mi abuela que le sacaba el hueso a las aceitunas con sus dedos encallecidos para que yo pudiera comerlas. La palma grande de la mano de mi abuelo con un caramelo amarillo. Mi madre que mojaba el pan duro y le rociaba encima un poco de azúcar «para que la boca del niño se endulzara».

Fueron años duros, difíciles, pero siempre había una mano que ponía algo comestible en mi boca.

Una vez más el mundo atravesaba por años duros y difíciles.

¿Qué manos darían y qué manos recibirían?

Tal vez la vida en Grecia sea dulce, pero también tiene aspectos poco atractivos. Por ejemplo, la propensión a ocultar un error en vez de corregirlo. Si hay un hoyo en el suelo, ponemos una alfombrilla y lo tapamos, en vez de repararlo.

O las constantes referencias a Grecia y los griegos que sirven como explicación para todo. ¿El autobús no llega a tiempo? Bah, así son las cosas en Grecia. ¿El chofer es muy desagradable? ¿Es que no conoces a los griegos?

Discúlpame, querido lector, pero yo también soy griego y abomino de ese tipo de cosas y conozco a decenas de otros griegos que comparten mi opinión. Todo eso puede cambiar y sin mayor dificultad. Esas opiniones convencionales sobre los griegos y Grecia son trampas, porque así nunca cambiará nada, cosa que conviene a unos cuantos y fastidia al resto.

Si subir a Mistrá fue complicado, bajar fue una proeza. Los grandes autobuses turísticos que llegaban tenían la preferencia. Cada diez metros me detenía a escasos veinte centímetros del abismal precipicio para dejarlos pasar.

Nos detuvimos en Esparta a tomar un café y la camarera del local, en cuanto nos oyó hablar en sueco, se interesó por saber de dónde éramos. Le respondí que vivíamos en Suecia. ¿En Suecia? Un primo suyo había vivido ahí. El pobre ya se había muerto. ¿Cómo se llamaba? Me dijo el nombre y cuando lo oí, no lo podía creer. Fue el primer amigo que perdí en el extranjero. Mi primer funeral en Suecia.

—Curiosas las conexiones que llega a establecer la vida —dijo la mujer que nos estaba atendiendo y se giró para gritarle a otro cliente—: ¡Ya voy!

Estaba sentado con mi mujer sueca en un café en Esparta, ella había pedido un capuchino y yo un expreso; la camarera era prima de mi amigo que había muerto en Estocolmo. Sentí vértigo. Era uno de esos instantes en los que todo sucede simultáneamente, en los que el tiempo se anula.

Algo semejante ocurre con la escritura. Un vértigo controlado que me hacía una falta enorme.

En el camino al pueblo pasamos por el cuartel Keem, en las afueras de Esparta. También ahí había hecho parte de mi servicio militar. Me detuve frente a la puerta y uno de los centinelas levantó el fusil. Pero cuando vio mi pelo cano se tranquilizó.

—Yo también he sido centinela en esta puerta —le dije para ganármelo. No lo convencí.

—Está prohibido detenerse aquí —me respondió. Sus palabras me regresaron de golpe a la época de las prohibiciones, a ese tiempo amargo de 1962 en el que Grecia permanecía en estado de guardia.

De pronto quise dar media vuelta, volver a Atenas y tomar el avión a Suecia.

Pero Gunilla, que estaba mirando el mapa, dijo con toda serenidad:  
—Nos queda todavía mucho camino.

Llegamos a Molaoi alrededor de las tres. Una hora difícil. La mayoría de la gente o estaba comiendo o ya se había acostado a descansar después de comer. A mí eso me iba como anillo al dedo. Yo no llegaba a mi pueblo. Entraba en mi pueblo. Era como una habitación cerrada que yo debía abrir con una llave que, con los años, estaba cada vez más oxidada.

En cuanto doblamos para salir de la carretera, comencé a sentir palpitations. Me preguntaba dónde estaría la calle con mi nombre cuando esta se nos atravesó. Al ver la placa, se me escapó un sonido que no era humano. Era como un hielo resquebrajándose a principios de la primavera. Aterrador. Horrible. Yo mismo me asusté. Por suerte no duró mucho. Escalé por la pared para que mi mujer me tomara una fotografía en mi calle. Un coche que pasaba disminuyó la velocidad para ver quién era ese anciano enloquecido que trepaba por una pared. Sólo entonces volví en mí.

—Para este momento he escrito durante todos estos años —le dije a Gunilla.

Sus ojos resplandecían.

—Yo ni siquiera cuando estaba pariendo grité de esa manera —me respondió.

Probablemente fuese una exageración, pero ella sabía lo que a mí me gustaba oír. Mi muy querido señor Freud se había obsesionado con el dolor de las mujeres por la falta del miembro masculino. Pero el dolor del hombre que no puede parir más hijos que sus obras es igualmente profundo. Me gustaba considerar mis libros como mis hijos, pese a saber que no era del todo lo mismo.

Luego le saqué yo a ella una fotografía debajo de la placa de mi calle, recomendándole que no se la fuera a mandar a sus amigas porque pensarían que me habría muerto. En Suecia sólo a los muy muertos se les honra con calles.

Seguimos nuestro camino a la plaza.

A esa hora no había mucha gente. Indecisos, dimos una vuelta por la plaza como si la viéramos por primera vez. Así ha sido y así seguirá siendo para mí. Siempre que vuelvo a mi pueblo es como si fuera la primera vez.

Una hora más tarde entramos en el impresionante Alas Resort que nos había reservado la escuela en Elea. Lo veíamos de lejos, pero al acercarnos se nos perdía. Pasamos más de diez veces frente al casi invisible rótulo. Veíamos el hotel, pero no dábamos con un camino que nos llevara para allá. Finalmente, mi copiloto descubrió un sendero oculto, como si lo que buscáramos fuera una Escuela Secreta.<sup>2</sup>

—Pero eso lleva al mar —le dije.

—Bueno, pues entonces llegaremos nadando —me respondió.

De pronto, detrás de una buganvilia hermosa e inmensa apareció un hotel. Pero no había un alma.

—Tiene que ser aquí —dije.

Estacioné el coche a medio metro de un precipicio e hicimos sonar la campana de la puerta. Oímos el tañido, pero nadie salió. Luego descubrimos otra puerta, más pequeña, y también llamamos. Unos minutos más tarde apareció una mujer en bata y pantuflas. La habíamos despertado. Pero no se molestó. Nos mostró amablemente cómo llegar, con una frase que no olvidaré jamás: «Cuando lleguen al final del camino, entonces continúen de frente».

Y así llegamos, finalmente, a nuestro destino.

La chica que nos recibió hablaba un inglés formidable. Era buena en su trabajo y cuando le respondí en griego alabó mi griego.

—Pero es que soy griego —le dije.

—Pues no se ve.

¿Y cómo tendría que verse?, me pregunté. ¿Tendría que llevar la marca de Caín en la frente?

Nuestro pequeño departamento era muy agradable. Gunilla abrió todas las ventanas y aspiró hondo, como si estuviera inhalando el paisaje entero. Es lo primero que hace cada vez que llega a un hotel. Me recuerda a mi madre, también ella adoraba el aire fresco. Lo segundo, es revisar que haya suficientes colgadores en el baño.

Llamé por teléfono a la directora de la escuela que nos había hecho la invitación para decirle que ya habíamos llegado y que todo estaba muy bien. Acordamos que pasaría por el hotel con algunos colegas para que nos conociéramos y nos pusiéramos de acuerdo en lo tocante a la actividad del

día siguiente.

Quedamos en que llegarían alrededor de las nueve. Llegaron a las diez, cargados de obsequios. Uvas, higos, chocolates, libros y otros regalos. Las presentaciones se hicieron —como es costumbre— con el nombre de pila, sin apellido, de modo que sólo me acuerdo de los nombres: Antonis, Andreas, Alexis, Eleni y, por supuesto, Olímpía que era quien nos había invitado. Nos quedamos en el restaurante del hotel hasta muy tarde, como si nos conocieran y los conociéramos de mucho tiempo atrás. La conversación iba de un tema a otro con absoluta naturalidad. Eran gente cálida, generosa.

Mi mujer estaba luchando por pelar un higo con cuchillo y tenedor. Olímpía le dijo: «Aquí les quitamos la piel con la mano», y Gunilla la obedeció como si fuera su alumna.

Me agradó que no la dejaran fuera. La quintaesencia de la hospitalidad es exactamente eso. No dejar fuera al extranjero. Le hablaban en inglés, en francés, en alemán. Me complacía viéndolos. «El mundo gana en belleza», pensé. Y Gunilla halló más de un momento para expresar su gratitud con una de las pocas frases que sabía: «*Efjaristó polí*».

Muchas personas se preguntan por qué Gunilla no aprendió mejor el griego, o por qué no insistí en enseñárselo, o por qué yo no hablaba en griego con mis hijos.

La única y sola respuesta que hay es que jamás quise. Prefería que ellos me enseñaran sueco. Me gustaba mi nuevo idioma y, además, era la lengua en la que escribía. Mis hijos eran, sobre todo, los grandes proveedores. Llegaban a casa con un cargamento de palabras que de otra forma no habría aprendido jamás. Palabras sacadas de conversaciones propias de su edad, de sus juegos, de sus amores.

Nos despedimos pasada la medianoche. Nosotros nos quedamos todavía un ratito en el balcón. Oíamos el mar, veíamos las luces en la playa de Elea y también en las playas de enfrente. Gunilla se fumó su cigarrillo.

—¿Lo has pasado bien? —le pregunté.

—Nunca había comido unas uvas y unos higos tan buenos.

—Te estoy preguntando por las personas.

Se quedó pensándolo.

—Si así fueran todos los griegos, Grecia no tendría ningún problema —me respondió.

Al día siguiente nos encontramos con dos amigos, Danae y Yannis Mosjovakos. Probablemente eran los únicos que me conocían desde niño, que se acordaban de mis padres y de mis hermanos.

Ir de visita a casa de Danae sin que ella se ocupara de darte de comer era impensable. Comimos al mediodía en su casa hablando de la función a la que asistiríamos por la tarde. Hubo un momento en que sentí envidia de la vida que llevaban. Una mansión con bellos muebles antiguos, no de IKEA o similares. Las tragedias griegas colocadas en estricto orden alfabético en el estudio de Yannis, que era un lugar sencillo y fresco, situado en la parte trasera de la casa. En la terraza había macetas con flores y albahaca. Yo me acordaba de Danae, muy jovencita, cuando salía a regarlas con una regadera de plata.

Quería, sin embargo, visitar a mi tía Argyró, que era el último miembro de la familia que aún vivía en el pueblo. Nos despedimos, pues, de Danae, que por supuesto nos dio un pastel de ciruelas y pasas, grande como un cochinillo.

Yannis nos acompañó para indicarnos el camino.

Mi tía vivía en la casa que había sido de mis abuelos. La había heredado mi tío, que la remodeló y le añadió una planta y luego otra más. Mi tía Argyró siguió agrandando y remodelando la casa tras la muerte del tío. Incluso el día que fuimos a verla, estaba esperando la llegada de una brigada, pese a tener ya unos muchos añitos a la espalda.

Mi tía es una persona vital y cálida. En cuanto nos vio, abrió los brazos bien abiertos para darnos la bienvenida y sus negros ojos resplandecían de felicidad.

—¿Cómo te va, hijita? —le preguntó a Gunilla en un griego impecable.

—Bien, muy bien —respondió Gunilla, en griego.

—¡Vaya, veo que mi niña ha aprendido griego! —exclamó mi tía que, además, se sentía muy complacida por la apariencia de mi mujer. No dudó, siguiendo la usanza griega, en escupir tres veces hacia Gunilla para mantener alejado el mal de ojo.

Yo no me libré de la crítica.

—Estás muy delgado, tesoro. ¡Tienes que comer!

Estuvo a punto de poner la mesa, pero le dijimos que acabábamos de

comer y Yannis lo corroboró.

Salimos a la espléndida terraza de mi tía. El sol se estaba poniendo. Frente a nosotros se desparramaba el campo cuan grande era. Me acordé de la batalla que se había librado en Molaoi entre los combatientes de la resistencia y los alemanes. Más bien me vino a la memoria una sola imagen: hombres que se arrastraban por el suelo con mil precauciones, deteniéndose aquí y allá para disparar. Todo lo demás lo había olvidado, era yo muy pequeño, tenía apenas un poco más de cinco años aquel diciembre de 1943. Me acordaba, en cambio, de mi abuela y de mi abuelo. Sin embargo, me parecía que incluso aquellos pocos recuerdos no eran míos, sino de alguien más.

No era yo quien estaba ahí, en esa terraza, sino lo que quedaba de mí. Mi tía era como un hermoso árbol que, expandiéndose, envejecía.

Yo, en cambio, había emigrado hacía cincuenta años y aún vivía en la emigración. Me había ido alejando de mí mismo. Me estaba convirtiendo en otra persona.

Antes de irme de Grecia, podía no haber sido famoso, pero era yo, el filósofo de la familia, el hijo de mi madre, el extremo izquierdo del equipo de fútbol del barrio, el orgullo del maestro Pavlos en la escuela, que leía mis composiciones en clase para que los cabroncetes atenienses se enteraran de lo que vale un peine. Todo eso lo perdí en el momento de irme, o en el tren que me llevaba a otro sitio, o quizá se lo llevó el viento.

¿Quién o qué me lo devolvería?

Miraba y volvía a mirar a mi alrededor con la esperanza de que algo se despertara dentro de mí, algo de todo lo que recordaba, pero era como si estuviera viendo una película vieja, descolorida. Los recuerdos habían perdido su fuerza. Quizá por eso no podía escribir. Me había convertido en una nuez vacía. Con hueco, las llamábamos, creo. Por fuera estaban enteras, pero por dentro no había nada.

No nos quedamos mucho y mi tía Argyró no alcanzó a darme de comer, pero no le faltó la oportunidad de repetirme, una vez más, que estaba yo muy delgado.

—Come, hijito, come —me dijo, y para asegurarse, le dijo a mi mujer que debía alimentarme mejor.

Volvimos al hotel a eso de las seis. A Gunilla se le antojó el mar y bajó a la playa a darse un chapuzón. Bueno, es un decir, porque no le gusta meter la

cabeza en el agua. En todos los años que llevamos juntos, no la he visto nunca salir del mar con el cabello mojado. Bajé con ella para hacerle compañía y acabé metiéndome un momento al mar, pero yo sí me zambullí con todo y cabeza, con la esperanza de despertar de mi letargo.

Era la noche del 26 de septiembre, noche de esplendorosa luna llena. La función comenzaría a las ocho y media en el pequeño anfiteatro al aire libre de la escuela. Cuando llegamos ya estaba casi lleno y seguía llegando gente. Sentí como si estuviera asistiendo a una misa de réquiem en mi honor. La función estaba dedicada a mí. La luna llena, en el cielo, seguía creciendo.

Habló el Alcalde, habló la responsable de los asuntos culturales, y habló también Olímpía Lampusi, directora del espectáculo que veríamos. Los miraba, los oía, me complacía viéndolos porque eran personas gratas de ver, pero ¿de quién hablaban? ¿Estaba soñando despierto?

Luego dio comienzo la función. Se apagaron las luces y los jóvenes actores entraron en escena con un ritmo dictado por un tambor invisible. Iban ataviados con la plateada oscuridad de una noche estrellada: su vestuario negro centelleaba dándoles un aspecto solemne y al mismo tiempo etéreo.

Desde las primeras palabras se me puso la piel de gallina.

Esto es lo que queda de los Persas  
que marcharon rumbo a tierra griega,  
el sector fiel, así llamado,  
guardianes de opulentas mansiones

decía Esquilo, y yo, involuntariamente, pensé que hablaba de nosotros, del público ahí reunido. También nosotros estuvimos en la tragedia desde el primer verso. Los jóvenes actores sabían lo que estaban diciendo. Yo había asistido a funciones con actores célebres, sin que me hubiesen conmovido. Me entregué a las voces de los chicos, a las palabras de Esquilo y mi alma se hinchó de orgullo.

¿Dónde más en el mundo jóvenes alumnos representaban a Esquilo?  
¿Dónde más?

La luna ya estaba muy cerca, y tan grande, que parecía que se sostuviera del cielo con los dientes.

En un momento determinado se fue la luz.

«¿Quién apagaría la luna?», pensé.

Se hizo una breve pausa, la luz volvió y la función continuó. Me acordé de mis años de infancia en el pueblo. Lo mismo pasaba entonces. La luz iba y venía. La vida se detenía por unos instantes y minutos después se reanudaba.

Lo mismo ocurrió en esta ocasión. Era como si mi vida se reanudara. Las palabras de Esquilo caían en mí como lluvia refrescante en tierra seca.

Comencé a sudar, tenía la frente perlada. Gunilla lo vio.

—Quítate la chaqueta —me susurró.

—No hace falta. En griego hace fresco, se está bien.

Aquella lengua era mi lengua.

Después de la función, que fue calurosamente aplaudida, me tocaba a mí decir unas palabras. Pero estaba tan emocionado y me temblaban tanto las piernas que me habría caído si Antonis, el agradabilísimo filólogo de la escuela que por casualidad estaba a mi lado, no me hubiera sostenido del brazo. Dije mis palabrejas con la sensación constante de estar ahogándome. En vano intenté encontrar los ojos de mi esposa. Luego firmé los ejemplares de mis libros que los chicos habían traído consigo e intercambié unas palabras con cada uno.

Sus ojos. Resplandecientes y profundos. No olvidaré jamás sus ojos.

Luego se formó un grupo grande y cenamos todos juntos conversando hasta muy tarde por la noche. De tanto en tanto intentaba ver si Gunilla lo estaba pasando bien. No sólo lo estaba pasando bien. Estaba disfrutando con toda su alma.

Me sentí aliviado y continué charlando con las dos personas que estaban junto a mí, Haris y Yannis.

A la mañana siguiente me desperté temprano. Me sorprendió que se hubiese soltado un vendaval. El mar comenzaba a encabritarse. Había nubarrones oscuros en el cielo. Llovía con pasión, diría yo.

Pero eso no me haría cambiar de planes. Bajé al comedor del hotel. Me serví un café y me senté en una de las mesas libres. El corazón me palpitaba con tanta fuerza que parecía que se me fuera a salir. Encendí mi ordenador, cambié el idioma de sueco a griego y me puse a esperar la primera palabra.

La tormenta cobraba fuerza. Yo, esperaba. No sucedía nada. Intenté pensar en griego sin conseguirlo. El sueco era el idioma en el que había escrito todos mis libros.

Volví a cambiar el idioma de griego a sueco. Pero tampoco ocurría nada en mi cabeza. Había reunido muchas impresiones en aquel viaje, había tomado infinidad de notas y, sin embargo, todo me parecía inerte, muerto.

Permanecí sentado, cruzado de brazos, alrededor de una hora. No podía escribir. Estaba atrapado entre mis dos idiomas, como el famoso asno de Buridán, que no lograba elegir entre comer y beber.

No le había dicho nada a Gunilla. Ella no sabía que pensaba yo escribir en griego. No quería decírselo a nadie. Me daban miedo las objeciones evidentes. ¿Cómo iba a escribir en una lengua que durante cincuenta años no había utilizado para la literatura? Había traducido mis libros del sueco al griego, pero eso es una cosa. Y otra, muy distinta, es escribir el original.

Lo mismo había oído cuando comencé a escribir en sueco, pero a la inversa. ¿Cómo iba a escribir en una lengua que no conocía? Y, sin embargo, lo hice.

Volví a cambiar el idioma en mi ordenador y esperé. Al poco rato bajó Gunilla y tomamos el desayuno. La lluvia le había cambiado el humor, pero lo vio desde el punto de vista práctico.

—Le hará bien a la tierra —dijo, y luego me preguntó qué estaba haciendo con el ordenador encendido tan de buena mañana.

Estaba jugando al ajedrez.

No dijo nada. Sacó las tarjetas postales que había comprado y se puso a escribir como si fuera lo más natural del mundo.

«Jo —dije para mis adentros—. Lo mismo voy a hacer yo.»

Abrí mi ordenador, pensé en un amigo en Suecia y empecé:

*El año pasado, en invierno, unos cuantos días antes de Navidad,  
me invitaron...*

Desde la primera palabra sentí cierta dulzura, como si hubiera comido miel. Dulzura y alivio.

No escribía. Hablaba. Una palabra se unía a la siguiente como si fueran hermanas gemelas. No tenía miedo de cometer errores, aunque sabía que los

cometería. Era mi idioma. No me sentía cohibido, no tenía necesidad de impostar la voz.

Con el sueco, idioma que amaba y amaré siempre, no había alcanzado esa inmediatez. Seguramente no la alcanzaría jamás. Lo llevaba puesto en la cabeza como una corona de espinas. El resultado final no era ni mejor ni peor. Era distinto.

En ese momento lo entendí. Mi primera lengua es palpitación. La segunda, cavilación. La primera brotaba de mis entrañas, la segunda de mi cerebro. El problema era ensamblarlas.

Cambié de nuevo el idioma en el ordenador y escribí las primeras frases en sueco intentando ser lo más fiel posible a lo que quería decir en griego.

No resultaba. Para que fuera un buen texto en sueco, debía modificarlo. ¿Qué era lo que había que cambiar exactamente? Lo primero, el ritmo. El griego fluía de una forma, el sueco de otra. Lo segundo, los tiempos. El imperfecto no existe en sueco. Lo tercero, la palabra «Navidad», que en sueco no tiene relación ninguna con el nacimiento de Cristo.

Me desesperé.

La conclusión era sencilla. Cada lengua tiene su manera de ser escrita. No era nada nuevo para mí, pero una cosa es saber que así es y otra vivirlo. Al principio pensaba que escribía el mismo libro en dos lenguas. Ahora veía que estaba equivocado. Jamás era exactamente lo mismo. Simplemente eran parecidos entre sí.

Volví al griego.

Al cabo de poco comprobé que estaba escribiendo, sí, en griego, pero estaba pensando en el lector sueco. En esos lectores para los que había escrito durante tantos años. Y así, el resultado era un texto falso. Esa complicación no se me había ocurrido nunca.

La conclusión es muy simple.

Cuando sabes lo que quieres decir, puedes decirlo en todas las lenguas que conoces.

También puedes guardar silencio en todas las lenguas que conoces.

Pero cuando no tienes nada que decir, lo dices mejor en tu lengua materna.

Al día siguiente nos fuimos. Sólo que a partir de entonces ya nunca más sería un inmigrante.

Me acordé del ave migratoria que había visto en el cielo solitario de Gotland. Había perdido a su bandada, pero no la dirección. El mismo problema tenía yo. Había perdido a mi bandada. La dirección que debía tomar, sin embargo, me la habían dado aquellos muchachos, su maestra, Olímpia Lampusi, y las palabras de Esquilo.

Y este libro, el primero que escribo directamente en griego después de cincuenta años, es mi agradecimiento tardío para ellos, que me devolvieron a mi lengua, la única patria que todavía me queda y la única que no me heriría.

No sólo me honraron.

Salvaron en mí lo que aún podía ser salvado.

¿Qué importancia tenía en qué rincón del mundo viviera?

*Huddinge, 28 de febrero de 2016*

# NOTAS

<sup>1</sup> Conocida cantante griega de música popular. (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> Durante la ocupación otomana de Grecia, las escuelas secretas eran refugios escondidos en las montañas, en lugares boscosos o de difícil acceso, donde los niños griegos aprendían a leer y a escribir, y estudiaban historia de Grecia. (*N. de la T.*)